

HISTORIA URBANA E HISTORIA OBRERA: REFLEXIONES SOBRE LA VIDA OBRERA Y SU INSCRIPCIÓN EN EL ESPACIO URBANO, 1900-1950

José Luis Oyón Bañales
Universidad Politécnica de Cataluña

Vamos a tratar de discutir sobre la relación entre ciudad y clase obrera, dos mundos próximos, casi identificados el uno con el otro. Es cierto que en la primera industrialización la fábrica fue ajena a veces a la ciudad y que la vida obrera estuvo también muy ligada a la mina, a la industria dispersa o al pequeño núcleo de población. Pero en la primera mitad del siglo XX quedó ya definitivamente consolidada en torno a la ciudad, la moderna clase trabajadora, masiva y definitivamente proletarizada. La ciudad, en especial la gran ciudad, la que Engels retrató como consustancial a la formación del proletariado industrial, fue ya casi sin excepción el escenario natural del mundo obrero, de sus luchas y de sus conquistas en pos de la emancipación y mejora de las condiciones de vida.

Esa asociación entre ciudad y movimiento obrero ha debido resultar obvia para la historiografía del trabajo. Tan obvia que, o se ha dado por descontada considerándola como «natural» y no merecedora de ulterior análisis, o simplemente se ha ignorado por irrelevante. Efectivamente, más allá de los clásicos apartados sobre las habitualmente pésimas condiciones de vida en el ámbito urbano, las historias del mundo del trabajo —incluso las historias de grupos obreros en ámbitos urbanos muy localizados— nunca han solido ver a la ciudad más que como un simple epifenómeno del proceso social, un mero contendedor sin especial relevancia para ser considerado como elemento constitutivo del proceso más general de formación de la clase.

Sorprende esta marginación habida cuenta de la importancia que en la historia de los trabajadores fueron tomando en los años sesenta las visiones «desde abajo», los análisis históricos de una clase obrera vista

cada vez más en sus vivencias cotidianas, en sus formas de vida y prácticas sociales más corrientes. Ciertamente, hace ya mucho tiempo que la historia obrera no es ya solo la historia de los líderes y de las organizaciones del movimiento obrero y que la influencia de Thompson reorientó la visión de la clase obrera hacia el estudio de las prácticas sociales compartidas y la experiencia cultural propia como temas inseparables de la conciencia de grupo. Desde entonces, la historia obrera ha ido construyéndose cada vez más como historia social. La visión del historiador inglés ha tenido una indudable repercusión en mucha de la reciente historia de la vida cotidiana alemana, una corriente historiográfica que intenta iluminar los comportamientos sociales estudiando los prácticas de sociabilidad, los tiempos y los lugares concretos de constitución de los grupos sociales. En Francia, ya en la década de los setenta, diversos pioneros de la historia social obrera emprendieron igualmente el estudio de la gente ordinaria y de sus experiencias, destacando los trabajos de Michelle Perrot y de Yves Lequin. Tampoco ha faltado en Italia esa visión de que en la vida cotidiana y en la cultura material de las clases populares se encuentra la máxima expresión de especificidad de una cultura propia¹. Se podría pensar que todo ello significaba el definitivo acercamiento entre historia obrera e historia urbana. Pero en realidad, la historia urbana y la historia social obrera han corrido por trayectorias paralelas, sin apenas cruces entre ellas has-

¹ J. SHARPE, «Historia desde abajo», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer la Historia*, Alianza, Madrid, 1991. Para Alemania ver A. LUDTKE, «De los héroes de la resistencia a los coautores: «Alltagsgeschichte» en Alemania» en L. Castells (ed.), «La historia de la vida cotidiana», *Ayer*, 1995, 49-70; *Ibid.* «Cash, Coffee-Breaks, Horseplay: "Eigensinn" and Politics among Factory Workers in Late 19th and 20th-Century Germany», Davis Center, Princeton, 1982.

La extensa obra de Perrot ha prestado especial relevancia en Francia a las cuestiones de la vida cotidiana en el mundo obrero, comenzando por *les Ouvriers en grève, 1871-1890*, Mouton, París-La Haya, 1977. Ver por ejemplo «Les ouvriers, l'habitat et la ville au 19ème siècle», en J.P. Flamand (ed.), *La question du logement et le mouvement ouvrier français*, La Villette-Paris, 1981 y la edición del volumen IV de la *Historia de la vida privada*, Taurus, Madrid, 1989 (1985), «El ama de casa en el espacio parisino durante el siglo XIX», *Historia urbana*, 1, 1992, 71-82 (1980); Y. LEQUIN, *Les Ouvriers de la région lyonnaise, 1848-1914*, Presses Universitaires de Lyon, 1977; «Ouvriers dans la ville», número monográfico de *Le Mouvement Social*, 119, 1982. «El mètode local d'apropament a la història obrera. Reflexions al voltant de la historiografia en el panorama francès», en *L'espai viscut*, Diputació de Valencia, Valencia, 1989.

Para Italia ver M. RIDOLFI, «Lugares y formas de la vida cotidiana en la historiografía italiana», *Ayer*, 19, 1995, 71-100; G. LEVI, L. PASSERINI, L. SCARAFFIA, «Vita quotidiana in un quartiere operario di Torino fra le due guerre: l'apporto della storia orale», *Quaderni Storici*, 35, ag. 1977, 433-449.

ta fechas relativamente recientes. Efectivamente, ambas corrientes surgieron en los años sesenta, pero los contactos fueron escasos y anecdóticos. Aportaciones ya clásicas de la historiografía marxista de la clase obrera, singularmente la de Hobsbawm que se centra en un momento de casi plena urbanización de la clase obrera británica, apenas se han detenido en la ciudad como factor relevante en la formación de la clase trabajadora. La ciudad, el espacio urbano, ha estado siempre bajo sospecha. El propio Hobsbawm recibió la eclosión editorial de la historia urbana británica lleno de escepticismo y de reservas². En realidad, hasta 1980, «el proceso a través del cual fue creada una subcultura proletaria distintiva en el ámbito urbano (fue) una cuestión muy débilmente tratada en la historia del movimiento obrero»³. Nuevos enfoques desde la historia social introducían en el análisis de la clase obrera británica cuestiones como la sociabilidad y el espíritu comunitario, la vida en el barrio, hasta entonces encerradas en una literatura casi estrictamente sociológica. Pero ha habido que esperar realmente a los años ochenta para ver una mayor confluencia entre historia obrera e historia urbana. Hoy en día es ya más corriente encontrar en las historias generales de la clase obrera británica capítulos específicos dedicados a la vivienda, a la segregación en el espacio urbano y a los barrios obreros como elementos formativos de la experiencia de la clase trabajadora. Encuentro sintomático de esa nueva aproximación el giro del propio Hobsbawm en su escéptica visión del tema urbano un artículo de finales de los ochenta que revaloriza el papel de la gran ciudad como foco potenciador del movimiento obrero⁴.

² En el congreso constitutivo de la nueva subdisciplina de la historia urbana en 1966, se presentó una interesante aportación de historia comparada de John Foster sobre el movimiento obrero y la lucha de clases en tres pequeñas ciudades industriales inglesas, preludio de un libro posterior, pero fue una vía de discusión luego no continuada (Ver J. FOSTER, «Nineteenth—Century Towns— A Class Dimension», en H.J. DYOS, *The Study of Urban History*, Edward Arnold, Londres, 1988, 281-300, 340-342 y *Class Struggle and the Industrial Revolution. Early industrial capitalism in three English towns*, Methuen, Londres, 1974 con un prefacio de Eric Hobsbawm). El segundo de los libros «fundadores» de la moderna historia urbana británica *The Victorian City*, mereció una severa crítica del propio Hobsbawm: la historia urbana era «un gran contenedor con contenidos mal definidos, heterogéneos e indiscriminados. Incluye cualquier cosa relativa a la ciudad», *The Guardian*, 30 agosto 1973. E. HOBSBAWM, *Trabajadores*, Crítica, Barcelona, 1979.

³ J.E. CRONIN, «Labor Insurgency and Class Formation: Comparative Perspectives on the Crisis of 1917-1920 in Europe», en J.E. CRONIN, C. SIRIANI (ed.), *Work, Community and Power. The Experience of Labor in Europe and America, 1900-1925*, Temple University Press, Filadelfia, 1983, 46, de donde procede la cita entrecomillada.

⁴ E.J. HOBSBAWM, «El movimiento obrero en la gran ciudad», en *Política para una izquierda racional*, Crítica, Barcelona, 2000 (1987), 129-155. Desde la Escuela de Chicago

En lo que se refiere al ámbito español, la creciente importancia de los enfoques culturales en la historia de la clase obrera y más en concreto de una historia social de la clase más atenta a la vida cotidiana no ha significado hasta ahora un diálogo fructífero entre historia urbana e historia obrera. Para la historiografía de la clase obrera en España, la ciudad sigue siendo, salvo excepciones, un simple telón de fondo, un mero escenario del proceso de formación de la clase, de sus comportamientos colectivos y de sus luchas políticas. La relevancia que la ciudad, y más en concreto la gran ciudad, ha tenido como caldo de cultivo de la formación del mundo obrero contemporáneo ha solido minimizar el papel del propio espacio urbano como un protagonista más de la historia de las clases populares⁵.

y los estudios del laborismo de postguerra, la literatura sociológica tiene una larga tradición en el estudio de comunidades obreras y populares. Ver: W. FOOTE WHYTE, *Street corner society: the social structure of an Italian slum*, University of Chicago Press, Chicago, 1943; M. YOUNG, P. WILLMOTT, *Family and kinship in east London*, ROUTLEDGE AND KEGAN PAUL, HARMONDSWORTH 1952, (versión francesa Centre Georges Pompidou 1983); H.J. GANS, *The urban villagers: group and class in the life of Italian Americans*, The Free Press, N. York, 1962; R. HOGGART, *The uses of literacy*, CHATTO & WINDUS, 1957, (traducción francesa, 1970); P.H. CHOMBART DE LAUWE *et al.*, *Paris et l'agglomération parisienne*, Presses Universitaires de France, París, 1952.

Dos ejemplos de historia general de la clase obrera inglesa atentos a estos aspectos son J. BENSON, *The Working Class in Britain, 1850-1939*, Longman. Londres, 1989 y M. SAVAGE, A. MILES, *The Remaking of the English Working Class, 1840-1940*, Routledge, Londres-Nueva York, 1994.

⁵ Esta afirmación no implica que numerosos historiadores no hayan considerado una cierta contextualización urbana de algunos fenómenos o no hayan realizado aportaciones fundamentales a la historia concreta de ciudades españolas. Una lista no exhaustiva de historiadores contemporáneos más o menos tangencialmente interesados por el tema urbano y la inserción espacial de los grupos sociales desde mediados del siglo XIX podría hallarse en el coloquio editado por J.L. GARCÍA DELGADO bajo el título *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Siglo XXI, Madrid, 1992 o en el *II Congreso de Historia Contemporánea de España. La sociedad urbana*, 1994 que contiene un interesante texto de Carasa. Yo añadiría al menos algunos textos ya clásicos como los de A. BAHAMONDE MAGRO, J. TORO MERIDA, *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978 y el de M.T. PÉREZ PICAZO, *Oligarquía y campesinado en Murcia, 1875-1902*, Murcia, 1979. Como valiosos intentos de espacialización de las clases sociales en la ciudad: M.^a R. JIMÉNEZ, *Espacio urbano y sociedad. El Padrón Municipal Zaragozaño de 1857*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1990. M. ESTEBAN DE VEGA, S. GONZÁLEZ GÓMEZ, M. REDERO SAN ROMAN, *Salamanca, 1900-1936: la transformación limitada de una ciudad preindustrial*, Diputación de Salamanca, Salamanca, 1992. Para una génesis de la historia urbana en España ver J.L. OYÓN, «Spain», en R. RODGER (ed), *European Urban History, Prospect and Retrospect*, Leicester University Press, Leicester, 1993.

Desde el punto de vista del estudio concreto de las clases trabajadoras en el espacio urbano, la nómina se hace ya más corta y desigual. Yo recordaría algunas aportaciones de

Historia marxista y ciudad: un difícil matrimonio

¿Qué habría podido ofrecer un estudio de la vida obrera inscrita en el espacio urbano? Según el pensamiento marxista, la tradición hegemónica en la historiografía obrera, bien poco. Ira Katznelson ha explicado en páginas muy agudas como la ciudad ha sido en realidad el pariente pobre del pensamiento marxista: «El marxismo jugó un papel muy secundario (...) en la definición y el análisis de la ciudad»⁶. El silencio sobre la ciudad durante todo el siglo que siguió a la publicación de los primeros textos de los padres fundadores del marxismo ha pasado factura en forma de una historiografía donde el espacio urbano ha sido considerado en realidad como una cuestión trivial. Las escuetas y lapidarias líneas del *Capital* dedicadas a la oposición campo-ciudad como expresión de la entera historia económica del capitalismo no tuvieron nunca un posterior desarrollo. Pero es que, además, «tanto para Marx como para Engels, la oposición entre campo y ciudad era epifenoménica. Las fuerzas urbanas o espaciales no tienen estatuto independiente dentro de su tratamiento de la división del trabajo pues dicha oposición entre campo y ciudad es el resultado directo, no mediado, de

P. GABRIEL, Anna MONJO y Mercedes VILANOVA sobre la Barcelona de entreguerras, un buen capítulo de espacialización de las clases populares de J. ALVAREZ JUNCO, en *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Alianza, Madrid, 1990, el libro de Santos Juliá sobre el Madrid republicano Madrid, 1931-1934. *De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984, o los de Ramiro Reig sobre la Valencia del blasquismo (*Obrers i ciutadans. Blasquisme i moviment obrer*, Valencia, y *Blasquistas y clericales. La lucha por la ciudad en la Valencia de 1900*, Institució Alfons el Magnanim, Valencia, 1986), algunos trabajos del equipo de colaboradores de Manuel González Portilla sobre el Bilbao de la gran industria *Bilbao en la formación del País Vasco contemporáneo*, Fundación BBV, Bilbao, 1995, los libros de C. ARENAS POSADAS, *La Sevilla inerme. Un estudio sobre las condiciones de vida de las clases populares sevillanas a comienzos del siglo XX*, Ecija, 1992 y de R. SERRANO, *El Sexenio Revolucionario en Valladolid. Cuestiones sociales (1868-1874)*, Junta Castilla y León, Valladolid, 1986.

⁶ I. KATZNELSON, *Marxism and the City*, Oxford University Press, Oxford, 1992, caps. 1, 28, 33. La de Katznelson no es la única revisión del papel de la ciudad desde la historiografía marxista. John Foster a quien ya veíamos relacionado en los años sesenta con los primeros historiadores urbanos ha seguido después una reflexión sobre el papel de la ciudad en el mundo industrial que suponía un lectura de los textos de los nuevos estudios marxistas sobre la ciudad; ver por ejemplo «How Imperial London preserved its slums», *International Review of urban and Regional Research*, 1979, una revista clave de difusión de esos nuevos estudios y «La ciutat al mon industrial», en *L'espai viscut*, Diputació de Valencia, Valencia, 1989. Ver también TH. KODITSCHKE, *Class Formation and Urban-Industrial Society: Bradford, 1750-1850*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, 18, 80-81, cap. 4, cap. 13.

los imperativos de la división del trabajo entendida a nivel de modo de producción». Esa visión totalmente subsidiaria de la ciudad, implícita en la mayor parte de la historia de inspiración marxista, es característica también del proyecto marxista —la ausencia de proyecto en realidad— de ciudad alternativa. Al hacer depender la ciudad del modo de producción sin ninguna mediación, carece de sentido pensar la ciudad del futuro de no ver antes derribados los cimientos del sistema. El aplazar toda reflexión sobre la nueva ciudad ha dejado al marxismo huérfano de representación en la historia del urbanismo moderno. No podemos decir lo mismo de la otra gran corriente del pensamiento obrero, el anarquismo. Más dado por definición a la acción inmediata, a la autogestión, la inventiva del anarquismo en la formulación de nuevas propuestas de ordenación de la ciudad y del territorio está ampliamente reconocida en cualquier buena historia de las ideas urbanísticas⁷.

La a-espacialidad de la historia marxista resulta ya anacrónica, según Katznelson. Primero porque desde finales de los años sesenta existe por vez primera un importante cuerpo de teoría sobre la ciudad capitalista surgida en el propio seno del marxismo que la historiografía —o al menos la historiografía de raíz marxista— no puede ya seguir ignorando. Katznelson realiza al respecto un atento recorrido por los textos de Harvey y Castells y aboga por una sociología urbana marxista más histórica y empíricamente basada, fundamentada en un marxismo menos cerrado a la visión de la ciudad como mero reflejo de la lógica del capital, un marxismo más abierto en definitiva a una ciudad escenario activo de las prácticas sociales. Segundo, porque en el propio Engels de *La situación de la clase obrera en Inglaterra* están puestas ya las semillas de un análisis relacional del espacio urbano que abre puertas —luego lamentablemente cerradas— al estudio de la concentración del capital y de la clase obrera en las grandes ciudades. En el joven Engels ve Katznelson el punto de partida de una visión del espacio urbano y de las relaciones sociales que en él se anudan como mediadores clave en-

⁷ El último ejemplo lo tenemos en la excelente historia del urbanismo de Peter HALL, *Ciudades del mañana*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1996 (1988); «Creo que los padres anarquistas, dice Hall, aunque poco realistas e incoherentes, tuvieron una magnífica visión de las posibilidades de la civilización urbana, lo cual es digno de ser recordado y celebrado», 14-15. El autor establece un hilo cronológico implícito que va de Kropotkin y Reclus, pasando por Howard y Geddes, hasta llegar a las propuestas de los arquitectos de «Freedom», Giancarlo de Carlo y el urbanismo autogestionario de los suburbios del Tercer Mundo. Evidentemente, el razonamiento se aplica también a la inventiva de mucho «socialismo utópico» del s. XIX, de gran ascendencia también en las historias clásicas del urbanismo.

tre el crecimiento capitalista y la conciencia política de la clase obrera. La atenta relectura de los fundadores de la nueva teoría marxista de la ciudad y de sus carencias es la ocasión de formular una nueva relación entre estructura y acción colectiva que tenga en cuenta la especificidad de lo urbano. Hay en suma que aceptar el reto de una nueva relación del marxismo con la dimensión espacial de las ciudades, una ambiciosa «re-espacialización» del marxismo que ha de servir para afinar su capacidad analítica y solventar sus más urgentes limitaciones.

La propuesta metodológica del autor norteamericano no solo tiene interés por provenir de alguien que se postula marxista, sino también por proceder de la disciplina histórica, donde el recurso a abstractas reificaciones del espacio urbano, a la manera de mucha de la literatura geográfica y urbanística, está por definición equilibrada por la búsqueda de concreción empírica. Hay una importante investigación al respecto sobre abundante literatura de historia urbana que desde los años sesenta abordaron cuestiones como la segregación social o el desplazamiento al trabajo. Dos libros suyos habían abierto ya el horizonte urbano en la década de los ochenta⁸. En el segundo de ellos, Katznelson exponía el papel de la ciudad en el proceso de formación de la clase obrera en el siglo XIX en cuatro niveles diferenciados, superpuestos el uno sobre el otro a manera de capas. Un primer nivel, de «estructura», tiene que ver con el desarrollo económico capitalista alcanzado y el grado de proletarianización concreto como condición necesaria para hablar de formación de la clase. El segundo nivel, que Katznelson designa como «formas de vida», el que aquí interesa, considera los rasgos de organización de la clase en la vida cotidiana, tanto en el trabajo como en el no-trabajo⁹.

⁸ I. KATZNELSON, *City Trenches: Urban Politics and the Patterning of Class in the United States*, Pantheon Books, Nueva York, 1981; I. KATZNELSON, A.R. ZOLBERG (ed.) *Working-Class Formation: Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*, Princeton University Press, Princeton, 1986. Hay traducción castellana de los ensayos de J. KOCKA sobre Alemania y de W. SEWELL sobre la Francia de la primera mitad del XIX en *Historia Social*, 12, 1992, 101-140.

⁹ «Lo que ha faltado en el marxismo ha sido la relación entre el sistema económico y la especificidad social y espacial de la vida obrera (...). Con el paso de la producción familiar a la producción de fábrica y de un espacio urbano integrado a uno funcional y socialmente segregado, la experiencia de la clase obrera cambió en muchas dimensiones: en el ritmo diario, en el carácter de la familia, en el significado del hogar en las pautas de organización de la vida, en la relación con el estado y otras clases sociales. Los trabajadores de fábrica tuvieron que organizar sus horarios para prever desplazamientos más o menos largos al trabajo; en familias con más de un salario eso supuso problemas de coordinación, significando un nuevo elemento de tiempo-disciplina en el moderno capitalismo». La familia se centró en el hogar y en el barrio, más pensada como una institución doméstico-emocional. Los

Este nivel nos dice como vive el obrero, pero no como piensa o actúa, cuestiones que desarrollan el tercer nivel, el de las «disposiciones» para actuar (o sea, la medida en que la clase comparte configuraciones culturales y hábitos en función de los que se mueve) y el cuarto, el de la «acción colectiva» que expresa que la clase se articula y existe en tanto actúa conscientemente a través de movimientos y organizaciones.

Dos son los epígrafes fundamentales del segundo nivel referido a esa vida obrera que se alteran en la geografía de la ciudad industrial, la separación entre trabajo y residencia y la segregación por clases sociales: «El trabajo abandona el hogar. La ciudad interclasista se quiebra (...), con esta separación entre trabajo y hogar y entre clases sociales en el espacio, las relaciones de clase son vividas no solo en el lugar de trabajo sino también fuera del trabajo, en las comunidades residenciales»¹⁰. En base a esos dos grandes epígrafes, Katznelson construye un cuadro comparativo de la formación de la clase obrera en distintos países europeos y en Estados Unidos durante el siglo XIX. La disociación entre espacio de trabajo y espacio de no-trabajo hizo posible para el obrero una «conciencia dual», por la que se percibió como tal en la empresa y como simple residente en el barrio. Para el obrero estadounidense, tal disociación se relaciona con una reivindicación sindical estrictamente salarial y reformista en la esfera del trabajo y con unas opciones políticas conservadoras en la esfera ciudadana. Pero esa misma disociación significó en Inglaterra o en Alemania una remarcable coordinación entre trabajo y no-trabajo, una considerable unificación entre lo sindical y lo político. En el caso francés no se produjo una neta separación entre las dos esferas, como explica Michelle Perrot¹¹. El barrio urbano, rodeando a las áreas de trabajo, significó un cobijo para la

roles de género se agudizaron, igual que la división entre trabajo pagado y no pagado. Los hombres asalariados estaban frecuentemente ausentes de actividades fundamentales de la familia. Había ahora una más clara ruptura entre trabajo y ocio o «tiempo libre». Al dividirse trabajo y hogar en dos esferas cada vez más autónomas, se desarrollaron nuevos tipos de organización en el trabajo (sindicatos) o en las comunidades residenciales obreras (sociedades de socorros mutuos, clubes obreros). En la vida obrera, el estado apareció en el trabajo como regulador potencial o real del horario y las condiciones laborales y en el espacio residencial como regulador del espacio público, proveedor de servicios y definidor de los derechos de ciudadanía (...). Cada esfera de la vida —en el trabajo y en el no trabajo— estaba ahora caracterizada por pautas diferenciadas de organización y de interacción»: I. Katznelson, *Marxism*, ... cit., 230-232.

¹⁰ I. KATZNELSON, «Working-Class Formation: Constructing Cases and Comparisons», en I. KATZNELSON, A.R. ZOLBERG (ed.) *Working-Class Formation*, ... cit. 16.

¹¹ M. PERROT, «On the formation of the French Working Class», en I. KATZNELSON, A.R. ZOLBERG (ed.), *Working-Class*, ... cit. M. P.

reproducción de tradiciones y solidaridades de clase que permitieron resistir mejor el cambio económico y forjar respuestas políticas. El trabajador francés de la segunda mitad del Ochocientos separó mentalmente sin embargo las dos esferas, actuando como tal trabajador a nivel sindical —de manera frecuentemente muy radical— y como militante «ciudadano», republicano o socialista, como opción política separada realmente de la reivindicación sindical.

La visión comparada de Katznelson no es modo alguno determinista. El autor remarca que circunstancias espaciales muy similares, como las producidas en las ciudades inglesas, y alemanas, por un lado, y las norteamericanas por otro, produjeron patrones de formación de clase muy diferentes. La separación de esferas y la creciente segregación espacial no fomentaron por sí solas una política obrera «dividida» y poco radical como sugiere el caso americano. Simplemente, la nueva geografía urbana hizo eso posible. La segregación espacial por función y clase social ha sido pues un factor «contextual, más que una variable causal». Otros factores relacionados fundamentalmente con el estado —organización estatal, represión, grado de autonomía política, nivel obrero de participación electoral, políticas públicas— dan cuenta realmente de las diferencias observadas. Parece que para Katznelson, cuando lugar de trabajo y residencia están firmemente entrelazados, la disposición política y militante de la clase, tanto a nivel político como sindical, tendería a ser más intensa. Subyace aquí una vieja e irresuelta discusión en la historia urbana que atañe de lleno a la historia obrera, a saber, si la de mayor o menor proximidad o separación con las otras clases y del lugar de trabajo y el de vida, favorecieron una mayor conciencia de grupo¹². La posición de Katznelson al respecto es precavida, pero no escéptica. Coincide con Hobsbawm al hablar del potencial de un movimiento obrero en las grandes ciudades europeas del primer siglo XX, un potencial basado en un particular medio geográfico indiscutiblemente proletario. La proximidad espacial, la coincidencia en determinados barrios dentro del espacio urbano de trabajadores con similares situacio-

¹² Una discusión de este dilema de método puede verse comparando D. CANNADINE, «Residential differentiation in nineteenth-century towns: from shapes on the ground to shapes in society», en J.H. JOHNSON, C. POOLEY (eds.), *The structure of nineteenth century cities*, Croom Helm, Londres, 1982, cap. 9 y R. HARRIS, «Residential Segregation and Class Formation in the Capitalist City: A Review and Directions for Research», *Progress in Human Geography*, 8/1, mar. 1984. Una excelente síntesis de los estudios y del debate para el caso inglés: R. DENNIS, *English industrial cities of the nineteenth century: a social geography*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984.

nes de salario, alquiler, sentimiento comunitario y organización de clase hicieron más probable la acción colectiva. Si eso ocurrió o no, es el historiador el que debe explicarlo. Pero la ciudad de la era industrial como tal, ofrecía en sus relaciones socio-espaciales, las condiciones «*necesarias, aunque no suficientes*» para la eclosión de una conciencia de clase y el estallido de la acción colectiva¹³.

Trabajo y espacio urbano durante el primer siglo xx

Otros dos trabajos de los años ochenta contribuyeron a derribar fronteras entre historia del trabajo e historia de la ciudad. Los dos estudian la época de consolidación del moderno proletariado industrial, en las primeras décadas del siglo xx y nos servirán para definir un espacio histórico concreto de discusión de diversas líneas de análisis que relacionan vida obrera y espacio urbano. El primero de ellos, el de J.E. Cronin, abordaba de manera sumaria la relación entre vida obrera y espacio urbano al analizar la extraordinaria coyuntura militante de la clases trabajadoras urbanas en la Europa de 1917-1920¹⁴. Tales acontecimientos encontrarían su raíz en un proceso de «reconstitución» de la clase obrera caracterizado por la aparición de un nuevo tipo de industria y un nuevo tipo de barrio obrero. Desde la crisis económica de los años 1880-90, los sectores clave de la segunda revolución industrial —construcción mecánica y eléctrica, química—, experimentaron un proceso de reestructuración industrial. Aunque la mecanización fue limitada y no puede hablarse de taylorización, se asistió a una profunda reestructuración de la organización industrial y del control de la mano de obra. El trabajador del metal, prototipo del nuevo obrero-masa semicualificado sobre máquina, de enorme centralidad en los años bélicos a consecuencia del desarrollo de la industria del armamento, sería la figura emblemática de esos años de extrema combatividad obrera. El proceso estuvo caracterizado, como rasgo más saliente, por la puesta en cuestión del papel central del obrero de oficio en la organización tradi-

¹³ I. KATZNELSON, *Marxism, ... cit.*, 254, 293.

¹⁴ J.E. CRONIN, «Labor Insurgency and Class Formation: Comparative Perspectives on the Crisis of 1917-1920 in Europe», en J.E. Cronin, C. Siriani (ed), *Work, Community and Power. The Experience of Labor in Europe and America, 1900-1925*, Temple University Press, Filadelfia, 1983. Ver también «Rethinking the Legacy of Labor, 1890-1925», *Ibid.* y «Il movimento «rank-and-file» e la storia della classe operaia», *Quaderni Storici*, 66, XXII, dec, 1987, 915-935 sobre su posición metodológica en el seno de la historia obrera.

cional del trabajo. El hecho clave fue la sustitución parcial de ese trabajador cualificado de fábrica y de todo el mecanismo de control del trabajo a él asociado con la introducción de obreros semi-cualificados y de mujeres y la paralela aproximación de retribuciones entre cualificados y no cualificados en la escala salarial. Dicho proceso afectó también a muchas industrias tradicionales de la primera revolución industrial, como era el caso del textil¹⁵. Las oleadas de sindicación colectiva, de huelgas y levantamientos obreros que las dificultades materiales y la inflación de los años finales de la guerra exacerbaban serían el resultado de unir el sentimiento de agravio del trabajador de oficio que veía discutidas en la fábrica sus viejas prerrogativas con la voz de esa masa obrera semi-cualificada recién llegada al mundo del proletariado de fábrica¹⁶.

La segunda «precondición esencial», según Cronin, de la oleada de huelgas y sindicación obrera que recorrió Europa desde 1917 fue una nueva estructuración del espacio urbano. El crecimiento urbano de las ciudades europeas desde 1880 habría originado, en concreto, unos nuevos barrios obreros diferentes a los barrios populares del siglo XIX que se convirtieron en el centro de una «intensa vida comunitaria surgida

¹⁵ C. ENRECH MOLINA, *L'ofensiva patronal contra l'ofici. Estructures laborals i jerarquies obreres a la indústria textil catalana (1881-1923)*. Tesis Doctoral, Universidad Autónoma Barcelona, 2000.

¹⁶ Desde el punto de vista sociológico, algunas investigaciones han confirmado también esa progresiva «unificación» de la clase obrera, dadas las tremendas dificultades a la hora de traspasar la frontera del trabajo manual, tanto para el obrero de oficio como para el obrero no cualificado. En el momento del estallido de la Primera Guerra Mundial, la clase obrera británica reflejaba por ejemplo una movilidad social intergeneracional bloqueada hacia las capas sociales no manuales y una creciente tendencia hacia la fusión y la homogeneidad de trayectorias de movilidad entre los estratos cualificados y no cualificados. Y lo mismo parece aplicarse en el caso de una ciudad como Leipzig. La pintura no es sin embargo única. En Lyon, la movilidad hacia arriba fue relativamente destacada antes de 1914 y luego declinó. En el Turín del primer Novecientos, Maurizio Gribaudo demuestra que la trayectoria ascendente de las dos primeras generaciones obreras del siglo XX no fue una cosa excepcional; más que una clase obrera homogénea e inmóvil, lo que sobresale es una gran variedad de trayectorias —tanto de estabilidad como de ascenso social. Ver: M. SAVAGE, A. MILES, *The Remaking*, ... cit., 30-40. S. DOBSON, *Authority and upheaval in Leipzig, 1910-1920*, Columbia University Press, Nueva York, 2001, 41-47. D. CREW, *Town in the Ruhr: A social History of Bochum, 1860-1914*, Columbia University Press, Nueva York, 1979; J.L. PINOL, *Les Mobilités de la grande ville, Lyon (fin XIX.^e - début XX.^e siècle)*, Press Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1991, 289-293, 313-317 y *Le monde des villes au dix-neuvième siècle*, Hachette, París, 1991, 175-8; H. KAEUBLE, *Social Mobility in the 19th and 20th Centuries, Europe and America in Comparative Perspective*, Princeton University Press, 1986; M. GRIBAUDI, *Mondo operaio e mito operaio. Spazi e percorsi sociali a Torino nel primo Novecento*. Einaudi, Turín, 1987.

de la superposición de las esferas del trabajo, el consumo, el ocio y la acción colectiva (...). Surgieron así, «comunidades más sólidas que fueron el *locus* común de la amistad, el parentesco, el trabajo y el ocio»¹⁷. Sobre esa base de argumentación que interpreta implícitamente el barrio obrero como lugar de constitución de la clase, la explicación de Cronin merece destacarse pues resume los principales líneas de estudio de la relación entre vida obrera y formas urbanas. La primera característica de la nueva distribución obrera en la ciudad sería la de su novedad en el crecimiento urbano. Esos barrios que se dibujaron en el mapa de la ciudad se habrían formado a causa de la descentralización de la nueva industria y de la residencia producida por los nuevos medios de transporte de masas, fundamentalmente el tranvía eléctrico. La segunda característica, según Cronin, sería la estrecha relación espacial entre lugar de trabajo y lugar de residencia que se produce en dichos barrios. El desplazamiento a la periferia de la industria fue seguido por los trabajadores, lo que significó el mantenimiento de una gran proximidad entre fábrica y residencia. Esos nuevos barrios tenían que ver, como tercer rasgo definitorio, con una creciente segregación operada en el espacio urbano de los trabajadores. Los obreros se encontraban ahí más separados de las otras categorías sociales de los que lo estaban en los viejos barrios populares, agrupándose con una más neta homogeneidad social. Al devenir los barrios obreros crecientemente homogéneos se creó una forma de vida «más distintivamente proletaria». La última de las características de esos nuevos barrios era su estabilidad y cohesión interna. Al disminuir la movilidad residencial obrera, tan característica del siglo XIX, se pusieron las bases de un mayor permanencia y arraigo al barrio. Pudo así desarrollarse un proceso de construcción comunitaria basado en redes de sociabilidad más o menos formales, redes sobre las que se cimentó la movilización social y política de los obreros. Las mujeres jugaron en esa movilización un papel clave, en especial en las reivindicaciones centradas sobre el consumo —de las luchas sobre la carestía de las subsistencias a las huelgas de alquileres— que azotaron a las grandes ciudades europeas en aquellos años. La nueva geografía obrera en la gran ciudad habría de tener unas consecuencias históricas más allá del impacto inmediato en los años finales de la guerra, pues estabilizaron también una duradera geografía electoral. Esas nuevas comunidades obreras de las grandes ciudades europeas comenzaron en efecto a votar en bloque por los partidos obre-

¹⁷ J.E. CRONIN, «Labor Insurgency...», cit., 36.

ros, consolidándose una larga fidelidad a determinadas opciones electorales de la izquierda obrerista: voto religioso al *labour* en los barrios obreros de Londres y las ciudades industriales británicas, al Partido Comunista en los suburbios rojos de París, o al Partido Socialdemócrata en los distritos obreros de Viena y de las grandes ciudades alemanas.

El segundo de los trabajos que desde mi punto de vista estableció una más sólida conexión entre historia obrera e historia urbana procede de la sociología histórica francesa. Se trata de la introducción a un seminario donde participaron numerosos historiadores, urbanistas y sociólogos que trabajaban sobre la ciudad obrera de la primera mitad del siglo xx. Siguiendo la pista de Cronin, Susanna Magri y Christian Topalov ofrecían unas hipótesis interpretativas de la interconexión entre vida obrera y espacio urbano¹⁸. La postura de método es la de mostrar que la existencia de historias separadas del trabajo, de la sociabilidad y de la ciudad es un obstáculo para la investigación. Su reflexión ofrece dos precisiones importantes a la interpretación de Cronin. Primero, es más deliberadamente espacialista, al basarse en una larga tradición procedente de los estudios urbanos franceses: «Las relaciones sociales que constituyen la vida obrera no se desarrollan de la misma forma en espacios urbanos diferentes. Reflexionar sobre una tipología de éstos, tal como se despliegan en la gran ciudad en el curso de la primera mitad del siglo xx, puede ayudar pues a diferenciar los sistemas de prácticas de los que han sido escenario»¹⁹. Eso lleva a matizar algunas afirmaciones excesivamente sumarias de Cronin desde una muestra empírico-geográfica más variada que permite diferenciar tipos distintos de crecimiento urbano, modalidades distintas de barrio, o de movilidad dentro de la dinámica de formación (de re-formación) de la clase obrera en la gran ciudad. La segunda precisión atañe a la propia visión de la clase obrera, más heterogénea de lo que en principio suele pensarse, con espacios urbanos y recorridos diferentes en la ciudad en sus distintos estratos. Reflexionar sobre esa diversidad de experiencias obreras en el marco del espacio urbano constituye una aportación capital del trabajo comentado.

¹⁸ S. MAGRI, CH. TOPALOV, «Pratiques ouvrières et changements structurels dans l'espace des grandes villes du premier xx.^e siècle. Quelques hypothèses de recherche», en *Ibid.*, (eds.), *Villes ouvrières, 1900-1950*, L'Harmattan, París, 1989. El seminario aludido tuvo lugar en 1986-7 en el Centre de Sociologie Urbaine de París, la escuela de Castells y muchos otros sociólogos, institución señera de los estudios urbanos de marxistas, donde Topalov y Magri tenían ya una larga trayectoria.

¹⁹ *Ibid.*, 36.

Sobre la senda marcada por Magri y Topalov, el resto de este artículo repasará los apartados básicos de relación entre vida obrera y espacio urbano en la gran ciudad europea de 1900-1950, la época de apogeo de la fuerza política y de las expectativas de cambio social de la cultura obrera. Ampliaré en la medida que pueda la visión comparada a otras ciudades del sur europeo para calibrar mejor las hipótesis interpretativas, señalar las secuencias temporales y repasar el estado actual de los estudios sobre el tema.

Crecimiento urbano y segregación social

La primera cuestión a revisar en la propuesta de Cronin tiene que ver con la magnitud y originalidad del proceso de urbanización entre 1890 y la Primera Guerra Mundial. En el desarrollo de las grandes ciudades europeas de esos años tuvo efectivamente gran importancia el crecimiento de un nuevo barrio periférico como el descrito por Cronin: Saint-Denis en París, Battersea o las expansiones de Tottenham y West Ham en Londres, muchas periferias proletarias de las ciudades del Ruhr, buena parte del cinturón industrial de Berlín, Sesto San Giovanni en Milán o Borgo San Paolo en Turín son buenos ejemplos. En buena parte de las ciudades hubo un gran ciclo de la edificación que comenzó hacia 1880-90 y terminó con la llegada de la guerra²⁰. Dicho ciclo fue en efecto el iniciador de ese nuevo tipo de barrios periféricos. Cuesta creer sin embargo que ese tipo de crecimientos urbanos dispersos y separados de la ciudad existente constituyera un apartado tan decisivo de la experiencia obrera de la ciudad. Al filo de 1914, esas periferias constituían todavía una fracción no mayoritaria de la vida obrera de la ciudad europea. Gran parte —la mayor parte— de las nuevas áreas de trabajadores en esa importante fase del crecimiento de la ciudad europea,

²⁰ Para una visión comparada de los ciclos de la construcción que incluye además de ciudades británicas, otras ciudades europeas: J.W.R. WHITEHAND, *The changing face of cities. A study of Development Cycles and Urban Form*, Oxford-New York, 1987. Ver también algunos de los capítulos nacionales de C. POOLEY (Ed.), *Housing Strategies in Europe, 1880-1930*, Leicester University Press, Leicester, 1992; I. HAMMARSTRÖM, «Urban growth and building fluctuations: Stockholm 1860-1920», R. RODGER, «Urban growth and transformation of Scottish Towns: the role of the Building Cycle, 1860-1914», en Hammarström (1979) en Swedish Council for Building Research, *Growth and transformation of the Modern City*, Estocolmo 1979; M. RONCAYOLO, «La production de la ville», en M. Agulhon (ed.), *Histoire de la France urbaine*, vol.4, *La ville de l'âge industrielle*, ed. du Seuil, París 1983.

especialmente las no incluidas en el primer escalón de grandes metrópolis (Londres, París y Berlín), tuvo lugar todavía por extensión del área urbana ya existente, por continuidad de los tejidos ya consolidados. Hacia 1914, las clases trabajadoras seguían en su mayor parte alojadas en dos ámbitos urbanos primordiales. En primer lugar, en las áreas centrales, tanto en los centros históricos (cada vez más vaciados en Inglaterra, pero donde residía todavía una parte nada despreciable de la clase obrera, en especial en los países latinos), como en las extensiones más inmediatas a los mismos (áreas de *terraces* inglesas del siglo XIX y pequeños ensanches obreros centrales). En segundo lugar, en los *faubourgs* y viejos municipios periféricos, ahora densificados y recrecidos, muchas veces asimilados administrativamente por la gran ciudad. En ciudades del sur como Barcelona, muy conflictivas también en la coyuntura 1917-1920, todo el contingente obrero habitaba en uno u otro de los dos ámbitos citados; las nuevas periferias no habían iniciado todavía su despegue. Es posible que todos esos nuevos crecimientos en continuidad con las formas urbanas antiguas fuesen cada vez menos reivindicativos desde el punto de vista política-sindical y que los nuevos barrios periféricos fuesen los auténticos bastiones del nuevo movimiento obrero, como señala Cronin. O, quizás, que las viejas formas urbanas, las viejas sociabilidades barriales del paisaje heredado de la ciudad del Ochocientos fuesen realmente las decisivas. Pero en cualquier caso la explicación ha de pasar necesariamente por una visión más articulada, más integradora de todas las áreas obreras de la ciudad. La continuidad de los espacios obreros con las viejas formas urbanas populares, socialmente más mezcladas, era todavía un hecho demasiado evidente al filo de 1914 como para ser ignorado.

Tan importante o más que ese ciclo constructivo que termina en 1914 es el que se desarrolló en el período de entreguerras. Es el que acabará grabando definitivamente la experiencia del espacio periférico en la vida del obrero urbano europeo. Magri y Topalov dan mucha relevancia en su discusión al cambio experimentado durante la Primera Guerra Mundial. A pesar de que durante el período de entreguerras pesaron enormemente las inercias de la ciudad heredada, muchas cosas no volvieron a ser ya igual a partir de entonces. En primer lugar en el propio crecimiento urbano. La construcción experimentó otro fuerte ciclo entre 1919 y 1939, en algunas ciudades europeas de mayor profundidad que el anterior. Incluso en las ciudades inglesas, con una población casi estancada en ese período, el área urbana experimentó un espectacular crecimiento de un 50%²¹. La

²¹ J.W.R., WHITEHAND, C.M.H., CARR, «Morphological periods, planning and reality: the case of England's inter-war suburbs», *Urban History*, 26, 2, 1999, 230-248; «The crea-

auténtica consolidación de la dispersión en ese país de larga tradición suburbana tuvo lugar efectivamente en esos años. Las grandes ciudades alemanas desarrollaron igualmente nuevas periferias en lugares alejados. En uno y otro caso, y en general en todos los programas nacionales de vivienda subvencionados, los municipios socialdemócratas, el estado o las distintas sociedades cooperativas y de ahorro, ligados más o menos directamente con el mundo obrero, encontraron en esos terrenos suburbanos, baratos y alejados del centro, la posibilidad de desarrollar un auténtico proyecto de ciudad para las capas populares. La *banlieue rouge* parisina de las parcelaciones a gran escala, de enorme resonancia en la vida política de la aglomeración, se formó esencialmente en esos años²². Esos suburbios dirigieron el crecimiento de París desde 1914. En 1930, su población superaba por vez primera a la de la capital. El fenómeno alcanzó también dimensiones no despreciables en muchas ciudades del sur hasta entonces intocadas por una suburbanización obrera geográficamente señalada. Atenas explotó literalmente en su periferia con las ocupaciones de tierras surgidas a raíz de la gran avalancha de inmigrantes retornados de Turquía. En el área urbana de la Barcelona anterior a la Guerra Civil, se había conformado toda una orla de parcelaciones en torno a la vieja ciudad del Ochocientos donde se alojaba ya más del 15% de la clase obrera²³. Todas esas nuevas periferias en sus diferentes formas, basadas generalmente en la casa unifamiliar —desde la caseta aislada en propiedad hasta formas más densas en alquiler cercanas a la autoconstrucción de España, Italia, Grecia..., desde las ciudades jardín municipales, de empleados y aristocracia obrera a las más excepcionales áreas de bloques, y encontraron su momento dorado precisamente en el período de entreguerras. El nuevo impulso edificatorio dibujará definitivamente los espacios de acomodo de las clases trabajadoras en los arrabales de la ciudad. Así, junto a los *faubourgs*, y los espacios más centrales procedentes del siglo XIX se consolidó un tercer espacio ecológico del mundo obrero, un espacio

tors of England's inter-war suburbs», *Urban History*, 28, 2, 2001, 218; A. JACKSON, *Semi-detached London. Suburban Development, Life and Transport, 1900-1939*, Londres, 1973;

²² J. BASTIÉ, *La croissance de la banlieue parisienne*, PUF, Paris, 1964; A. FOURCAUT, *La banlieue en morceaux. La crise des lotissements defectueux en France dans l'entre-deux-guerres*, Creaphis, Paris, 2000.

²³ L. LEONTIDOU, «Land allocation and social transformation in inter-war Athens: a study of peripheral urbanization», *Urban History Yearbook*, 1985, 54-73; *The Mediterranean City in transition*, University Press, Cambridge, 1990, cap. 2; J.L. OYÓN, C. GARCÍA SOLER, «Las segundas periferias», en J.L. OYÓN (ed.), *Vida obrera en la Barcelona de entreguerras, 1918-1936*, CCCB, Barcelona, 1998.

donde la tradicional mezcla de capas populares de las viejas áreas era ahora sustituida por una homogeneidad obrera mucho más neta. La ecología del nuevo suburbio significaba una nueva relación del trabajador con la ciudad. Cronin ha explicado ya sus grandes rasgos en las «periferias de fábricas». Las «periferias dormitorio» se caracterizarán por una serie de trazos definitorios, cambiantes según el tipo de ciudad: distancias más largas a los centros de trabajo y consiguiente carácter dormitorio de los nuevos barrios, gestión municipal del alquiler, propiedad de la vivienda, autoconstrucción, menor densidad, carácter unifamiliar de muchas de las nuevas extensiones, pautas de sociabilidad mucho más primarias.

Los pocos análisis sociotopográficos profundos realizados hasta ahora sobre las grandes ciudades europeas muestran efectivamente que en vísperas de la Segunda Guerra Mundial esos tres tipos de territorios, el de los barrios centrales históricos, el de los *faubourgs* populares y el de las periferias, definían lo esencial de la experiencia obrera de la ciudad. La Barcelona de 1930 o el Lyon de 1936 reflejan esa división más o menos claramente²⁴. En las áreas periféricas más recientes, que no llegaban a superar el 20% de la población obrera, el trabajo menos cualificado, la juventud, la emigración reciente, la homogeneidad social proletaria y la radicalidad política de izquierdas eran rasgos compartidos. Es el mismo Madrid de los «municipios limítrofes» que retrata Santos Juliá. Esa visión podría extenderse con matices a lo mucho que conocemos ya sobre los suburbios que componían la *banlieue rouge* parisina²⁵. Las áreas históricas centrales y los suburbios del Ochocientos mostraban una mayor diversidad popular, con presencia más o menos acusada de artesanos y obreros de oficio, de mujeres empleadas en el servicio doméstico y de trabajadores de cuello blanco y del pequeño comercio. Las variantes en el interior de cada uno de esos tres grandes agregados era sin embargo enorme. En periferia, fueron muy comunes

²⁴ J.L. PINOL, *Espace social et espace politique. Lyon à l'époque du Front Populaire*, Presses Universitaires de Lyon, Lyon, 1980; J.L. OYÓN, J. MALDONADO, E. GRIFUL, *Barcelona, 1930, Un atlas social*, Edicions UPC, Barcelona, 2001.

²⁵ J.P. BRUNET, *Saint Denis, la ville rouge*, Hachette, París, 1980; A. FOURCAUT, *Bobbigny, banlieue rouge*, Les Editions ouvrières, París, 1986; A. FOURCAUT (ed.), *Un siècle de banlieue parisienne, 1859-1964*, L'Harmattan, París 1988; T. STOVALL, *The Rise of the Paris Red Belt*, University of California Press, Berkeley, 1990; A. FAURE, (dir.), *Les Premières Banlieusards, aux origines des banlieues de Paris (1860-1940)*, Créaphis, París, 1991; A. FOURCAUT (sous la direction de), *Banlieue rouge 1920-1960. Années Thorez, années Gabin: archétype du populaire, banc d'essai des modernités*, Autrement, serie Mémoires, oct., 1992.

en el caso francés las parcelaciones con destacada representación de obreros cualificados, obreros de las grandes empresas estatales de los servicios públicos e incluso de empleados. Eso era algo todavía más habitual en las operaciones de vivienda subsidiada de los municipios socialistas ingleses o alemanes. En la región urbana de Liverpool, el 53% de los que vivían en casas suburbanas de iniciativa privada y cerca del 50% de los que vivían en los *housing estates* municipales procedían de la clase obrera cualificada²⁶. Algunas de las áreas más antiguas, densificadas y degradadas perdieron diversidad social y fueron refugio de las familias inmigrantes recién llegadas, del jornalero más precario y eventual, del hospedaje y del realquiler. Es por tanto problemático asociar sin más un estrato obrero determinado a un espacio urbano concreto y generalizar la geografía obrera de una ciudad a otra, incluso en el marco de una misma nación. La impresión general es que en Gran Bretaña, en Alemania, o en Holanda, las nuevas periferias de la propiedad y de la vivienda municipal acogieron una auténtica oleada de familias obreras procedentes de los estratos cualificados, mientras que en las afueras de las ciudades latinas, especialmente en las zonas más su-reñas, la periferia acogió al trabajador sin cualificar en mucha mayor medida. Magri y Topalov establecen una útil distinción entre periferias de fábricas, periferias dormitorio y barrios populares tradicionales. En las periferias de fábricas, continuación de las consideradas por Cronin, la presencia del trabajador menos cualificado y la cercanía relativa al lugar de trabajo parecen pautas bastante habituales, algo que también ocurre en los viejos barrios populares, refugio a veces del trabajo poco cualificado, del empleo más inestable, especialmente del empleo femenino. En las periferias dormitorio, sería mucho más común la presencia del obrero de oficio estable del viejo taller o la manufactura o del obreiro profesional de la fábrica racionalizada. La distinción de una periferia dormitorio de fuerte presencia del trabajador cualificado y del empleado, bastante común en ciertos *lotissements* parisinos y en muchos barrios municipales ingleses y alemanes no era ni mucho menos tan marcada en ciudades del sur europeo, como Madrid o Barcelona.

A día de hoy, no existe una geografía urbana comparada de las distintas ciudades europeas que permita relacionar con una mínima solidez cualificación obrera, lugar de residencia y segregación espacial. Se asume, como hace el propio Katznelson, que durante el primer siglo xx

²⁶ C.G. POOLEY, S. IRISH, «Acces to housing on Merseyside», *Transactions of the Institute of British Geographers*, NS, 12, 1987, 177-190.

se produciría una separación todavía mayor del mundo del trabajador respecto a las clases no manuales y, a la vez, una progresiva diferenciación dentro del espacio urbano de los estratos obreros entre sí²⁷. Pero ni la geografía ni la historia urbana sobre esta época lo han mostrado con claridad. El estudio de la segregación social del mundo obrero de estos años habría de responder efectivamente a esas dos cuestiones fundamentales. Primero, si existió o no una segregación creciente de pobres y ricos, o si se quiere entre mundo del trabajo manual y no manual. En teoría asistiríamos en 1900-1950 a la consolidación del grado máximo de separación de clases. La segunda cuestión es la constancia o no de separaciones físicas, de una fragmentación entre los diferentes estratos de las clases obreras y populares ¿Existieron sectores de obreros de oficio más acomodados que se separaron en el espacio? ¿Se produjo un aislamiento extremo de obreros no cualificados? ¿Formó el obrero de la nueva fábrica racionalizada áreas sociales específicas? Deberíamos precisar mejor hasta qué punto se quebró la mezcla de estratos sociales característica de muchos barrios populares del Ochocientos.

Pocas de estas preguntas tienen una respuesta fundada, principalmente por falta de estudios de base²⁸. Los análisis exhaustivos realizados en un par de ciudades (ver cuadro 1) muestran índices de segregación no tan marcados como los que se podrían esperar para los grupos trabajadores. Dado su elevado nivel de representación, las clases obreras, aun concentradas en determinados distritos, eran en realidad ubicuas en la gran ciudad de 1900-1950. Donde sí se detectan niveles muy altos de segregación es en los sectores de alto estatus: las elites eran sin duda las que se encontraban más separadas en 1930, como ya venía ocurriendo desde el siglo XIX²⁹. Los obreros eran mucho más dispersos, acusando índices de segregación inferiores a 30, aunque en Barcelona se registraba un alto valor³⁰. En esta ciudad, la segregación no se pro-

²⁷ I. KATZNELSON, *Marxism*, ..., cit., cap. 7, 264-283.

²⁸ El gran desarrollo de la geografía social urbana británica ha topado con la imposibilidad de consultar los censos de antigüedad inferior a los cien años, lo que ha supuesto un enorme vacío para esta época que contrasta con la abundancia de estudios sobre la ciudad victoriana.

²⁹ P.J. ATKINS, «The spatial configuration of class solidarity in London's West End, 1792-1939». *Urban History Yearbook*, 1990, 14-35; G. GORDON, «The status areas of Edinburgh in 1914», en G. GORDON, B. DICKS. (eds.), *Scottish Urban History*, Aberdeen University Press, 1983; J.L. OYÓN, J. MALDONADO, E. GRIFUL, *Barcelona, 1930*, ... cit. 26-29, cap. 5.

³⁰ Una breve explicación del cálculo de estos índices y su cambiante significado, en J.L. OYÓN, J. MALDONADO, E. GRIFUL, *Barcelona 1930*, ... cit. 152-157, 156.

Cuadro 1
 Segregación residencial por clases sociales, Barcelona 1930) (Lyon 1936)

		Índices de disimilitud				Índice de segregación
		I	II	III	IV	V
I.	Elites	—	33 (17)	41 (28)	50 (29)	59 (45)
II.	Comerciantes, industriales y técnicos medios		—	18	29	40
III.	Empleados, dependientes			—	25	34
IV.	Obreros cualificados y artesanos				—	18
V.	Jornaleros y obreros sin cualificación					—

Fuentes: J.L. Oyón *et al*ri, Barcelona 1930: *Un atlas social*; J.L. Pinol, *Les mobilités de la gran ville*, Lyon.

duce radicalmente entre el trabajo manual y el resto de la sociedad urbana, sino que tendería a ser más selectiva: era más elevada cuanto más distanciadas se encontraban las clases de referencia. La diferencia espacial del mundo del trabajo con la del no manual es muy apreciable, pero es sobre todo la del trabajador menos cualificado con respecto a las clases superiores la que es destacadísima (índice de disimilitud 59). La gran oposición espacial entre «dos ciudades», en dos universos enfrentados se observa pues solo si comparamos las clases extremas (la I con la V, esto es el 15% de las elites con el 50% de los trabajadores no cualificados): en medio quedan muchos matices a considerar. Hay que recordar siempre que este tipo de índices miden situaciones «medias» de proximidad o distancia entre clases. En el caso de las ciudades estudiadas tiene además el defecto de que parten de unidades censales más extensas que las consideradas en los estudios de las ciudades victorianas inglesas por lo que los contrastes espaciales tienden a suavizarse. Si nos situamos en cambio «a ras de suelo», en el espacio concreto de la ciudad, las oposiciones aparecen mucho más acentuadas. En el conjunto de nuevas periferias proletarias barcelonesas del período de entreguerras, por ejemplo, la presencia de clases no manuales era una auténtica rareza. La invisibilidad del burgués en la vida cotidiana del barrio era absoluta. Si enfrentamos esos espacios del cinturón obrero que representaban el 15% de la aglomeración urbana al 15 % más rico del Ensanche central y los barrios altos aparecen con una gran nitidez esos dos mundos urbanos enfrentados, esos dos mundos sin contacto que asomaban de cuando en cuando en la prensa anarquista.

¿Hasta qué punto se siguió acentuando (o no) la segregación social y la consistencia de los barrios obreros? No existe constancia, en buena parte

por falta de estudios, de segregación creciente, tanto en el mundo obrero como en el resto. El único trabajo que cubre todo el periodo cronológico muestra el descenso o en todo caso el mantenimiento de todos los índices de segregación y la disminución generalizada de las distancias entre clases. Eso contradice lo esperable y confirma los pocos análisis diacrónicos hechos hasta ahora para el siglo XIX, como el de Ward. Otros estudios, como el de Dobson para el Leipzig de vísperas de la Primera Guerra, muestran en cambio que la mezcla social y la proximidad del mundo obrero con las clases medias y altas de los distritos de la vieja ciudad del siglo XIX habían desaparecido en favor de una separación mucho más acentuada entre el conjunto de la clase trabajadora y las clases no manuales³¹.

En los casos que conocemos de ciudades latinas, la proximidad del jornalero con el obrero cualificado parece todavía grande al final de nuestro periodo. Los artesanos y obreros de oficio aparecen la mitad de segregados en el espacio urbano que los no cualificados: sus repartos se ajustan mucho mejor a la «media» de la ciudad. Si el trabajador no cualificado era ubicuo, el artesano y el obrero cualificado todavía lo eran mucho más (el doble), a pesar de ser su número menor. Dentro del mundo obrero, solo existían niveles de segregación relativamente importantes en el caso de algunos grupos étnicos, caso de los irlandeses en las ciudades británicas, murcianos y andaluces en Barcelona, o italianos y polacos en el París de entreguerras. No formaban guettos exclusivos, sino que se concentraban de manera «nuclear» en determinados enclaves del espacio urbano donde diferentes regiones o nacionalidades compartían espacios comunes de intercambio y sociabilidad³².

En suma, los escasos estudios disponibles, debido seguramente al gran tamaño de las unidades espaciales de medida, no reflejan todavía

³¹ J.L. PINOL, *Les mobilités*, ... cit., 165-171; S. DOBSON, *Authority*, ... cit., 47-51; D. WARD, «Victorian cities: how modern?», *Journal of Historical Geography*, I, 2, 1975. Para comparar con la ciudad norteamericana los niveles de segregación es útil consultar: D. HIEBERT, «The social geography of Toronto in 1931: a study of residential differentiation and social structure», *Journal of Historical Geography*, 21, 1995, 55-74; O. ZUNZ, *Naissance de l'Amérique industrielle*. Detroit, 1880-1920, Aubier, París, 1983 demuestra una creciente segregación por clase social.

³² Para Barcelona J.L. OYÓN et al., *Barcelona 1930*, ... cit., caps. 2 y 5; Para la inmigración de la región de París ver: N. GREEN, *Les Travailleurs immigrés juifs à la Belle Époque: le «Pletzl» à Paris*, Fayard, París, 1985; J-P. BRUNET, (sous la direction de), *Immigration, vie politique et populisme en banlieue parisienne (fin XIXe-XXe siècles)*, L'Harmattan, París, 1995; M-C, BLANC-CHALEARD, *Les Italiens dans l'Est Parisien. Une histoire d'intégration, 1880-1980*, École Française de Rome, 264, Rome, 2000; «Petits entrepreneurs étrangers en ville. Localisation urbaines, réseaux migratoires et solidarités professionnelles dans la Seine pendant l'entre-deux-guerres», *Histoire urbaine*, 4, dec 2001, 67-82.

de manera marcada ni la existencia de una nueva segregación obrera que habría alcanzado su cenit antes del segundo conflicto bélico ni la fragmentación espacial esperada entre los distintos estratos de la clase trabajadora. Solo análisis más detallados de áreas concretas de la ciudad, como los estudios del cinturón obrero de París muestran tanto la nueva homogeneidad obrera de los distintos enclaves periféricos, como una diversidad hecha de especializaciones zonales donde obreros cualificados de fábrica, jornaleros poco o nada cualificados y empleados caracterizaban con pesos muy diversos las distintas áreas³³. Ese carácter multiforme y fragmentado se relacionaba con la variable decantación política de los suburbios considerados. La orientación socialista del Suresnes de Henry Sellier, la comunista de Ivry, la anarquista de la Torrassa o las Casas Baratas de Barcelona tuvieron sin duda que ver, más allá de particulares coyunturas nacionales, con la diferente composición de clase que los caracterizaba.

La vivienda: el giro de la Primera Guerra Mundial

La vivienda resultó un factor particularmente trascendente en la gran ciudad europea de estos años. El movimiento obrero consiguió por vez primera importantes avances en el control de los alquileres y en el acceso a la vivienda para fracciones no despreciables de los trabajadores. En esa cuestión capital de la vida obrera, la Primera Guerra Mundial significó también una clara frontera histórica.

Aunque se habían mejorado los estándares de los peores años de la ciudad victoriana, la situación de la vivienda antes de la guerra era todavía crítica, tanto en las condiciones de habitabilidad como en el coste. El cuadro 2, que compara la proporción de viviendas con tres o menos piezas (incluyendo cocina), explica la situación de hacinamiento que vivían la mayor parte de grandes ciudades europeas en la primera década del siglo xx. Las diferencias entre ciudades eran sin embargo sustanciales; las ciudades inglesas eran las que salían mejor paradas de la comparación. En Escocia la situación era alarmante (más del 80% de las habitaciones de Glasgow) los hiperhacinados *tenements* se incluían en esa categoría) y lo mismo puede decirse de las grandes ciudades centroeuropeas que habían asistido en los últimos 40 años a un explosivo desarrollo de la edificación³⁴. Tres

³³ C. PENNETIER, N. VIET-DEPAULE, «Les ouvriers entre les deux guerres dans le département de la Seine et leur représentation politique. Esquisses typologiques», en S. MAGRI, CH. TOPALOV, *Villes ouvrières*, ..., cit., 1989.

³⁴ M.J. DAUNTON, «Introduction», en M.J. DAUNTON (ed.), *Housing the Workers. A Comparative history*, Leicester University Press, Londres, 1990.

Cuadro 2
Viviendas de 3 o menos piezas (%) (1910 ca)

Londres	54,1
Newcastle	58,3
Bradford	43,2
Edimburgo	62,8
Glasgow	85,2
Bruselas	69,7
París	76,3
Berlín	75,9

Fuente: M.J. Daunton, *Housing the Workers. A comparative history.*

cuartas partes de la vivienda berlinesa reunía esas características; en Viena más del 60% de las viviendas de los barrios obreros de Favoriten y Ottakring tenían una sola habitación más la cocina; el 50% de las viviendas vienesas y el 45% de las de Budapest de los primeros años del siglo XX estaban comprendidas en ese apartado. Por esas pequeñas viviendas se pagaban en general alquileres caros, con sistemas de contratación que obligaban en muchos casos a devengar dinero por adelantado y suponían la expulsión casi inmediata en caso de retraso. En el cambio de siglo, el monto del alquiler podía llegar a significar un 17% del ingreso mensual completo de un obrero inglés, pero la situación era todavía más desfavorable en la ciudad centroeuropea. En Viena, el alquiler suponía un 25% del ingreso familiar obrero en 1900 y, aunque la proporción era algo más ventajosa, un hogar medio alemán pagaba todavía del 15 al 20% del ingreso familiar en 1910. En Escocia, la situación parece haber sido especialmente desfavorable. El cuadro 3 dibuja otra vez el contraste de situaciones entre las ciudades inglesas, las mejor paradas, con otras ciudades donde la situación era mucho peor, como la mayor parte de ciudades francesas, belgas y alemanas. La precariedad de la vivienda en éstas últimas ciudades se reflejaba en la pro-

Cuadro 3
Salario semanal / Alquiler (1910 ca)

Inglaterra y Gales	1,0
Estados Unidos	1,1
Bélgica	0,9
Francia	0,8
Alemania	0,7

Fuente: M.J. Daunton, *Housing the Workers. A comparative history.*

miscuidad de la estructura habitacional, con frecuente recurso al hospedaje y al realquiler como únicas formas de sostener el peso de un alquiler caro con unos ingresos bajos y muy inestables. Aunque la situación iba poco a poco mejorando, en la primera década del siglo xx, de 1/4 a 1/8 de los hogares de las principales ciudades alemanas acogían todavía huéspedes o realquilados. En la Barcelona de 1930 la situación era todavía peor. La cohabitación no familiar afectaba al 17% de los hogares, pero los porcentajes se disparaban en el mundo obrero: el 21% de los hogares de los obreros no cualificados recurrían a dicha práctica y podía llegar a un tercio en el caso de los jornaleros más recientemente inmigrados³⁵.

Ante los abusos de los caseros, los inquilinos formaron ligas de defensa donde la mujer obrera desempeñó un destacado papel protagonista. Las huelgas de alquileres y la politización de las relaciones inquilino-casero en que desembocó el largo período de incubación de la crisis fueron rasgos de diversas grandes ciudades en torno a 1914. En Budapest, el conflicto estalló a partir de 1907; en Viena en 1911³⁶. Posiblemente fueron las ciudades escocesas del último período victoriano donde las tensiones inquilino-propietario fueron mayores desembocando en la gran huelga de alquileres de Glasgow de 1915³⁷. En París, el movimiento, con precedentes también en los años finales del xix, se organizó durante los años de carestía de la guerra y acabó por explotar a su final³⁸. Por vez primera, la vivienda entraba con fuerza en las reivindi-

³⁵ L. NIETHAMMER, F. BRUGGEMEIER, «Wie wohnten Arbeiter im Kaiserreich», *Archiv für Sozialgeschichte*, vol. XVI, 1976 (traducción parcial francesa en *Recherches*, 29, 1977, 103-154); L. NIETHAMMER, *Wohnen in Wandel. Beiträge zur Geschichte des Alltags in der Bürgerlichen Gesellschaft*, Peter Hammer, Wuppertal, 1979. J.L. OYÓN, J. MALDONADO, E. GRIFUL, *Barcelona 1930*, ... cit. 125-127. Esas cifras barcelonesas no tienen en cuenta la totalidad del fenómeno de la cohabitación, esto es, la consideración de la cohabitación de núcleos familiares con relaciones de parentesco en primer grado bajo el mismo techo. Las cifras entonces llega a doblarse.

³⁶ R. BANIK-SCHWEITZER, «Vienna» y G. GYANI, «Budapest», en C. POOLEY (ed.), *Housing strategies*, ... cit.

³⁷ J. MELLING, *Rent Strikes: People's Struggle for Housing in West Scotland, 1890-1916*, Edinburgh, 1983; D. ENGLANDER, *Landlord and Tenant in Urban Britain, 1838-1918*, Clarendon Press, 1983; R. RODGER, «Construir la historia de la vivienda: dimensiones historiográficas del paisaje urbano británico», *Historia Urbana*, 2, 1993, 39-58.

³⁸ S. MAGRI, «Consensus ou résistance social aur réformisme social dans le domaine du logement? L'exemple du mouvement des locataires parisiens», *Les Cahiers de la Recherche Architecturale*, 15-17, 1985, 18-23; «Le mouvement des locataires a Paris et sa banlieue, 1919-1925», *Le Mouvement Social*, oct-déc 1986. Incluso en Sevilla el conflicto con los caseros estalló en 1919 (ver A.M. BERNAL Y C. ARENAS, «Sevilla: el difícil despegue de una ciudad provinciana», en J.L. GARCÍA DELGADO, *Las ciudades en la modernización*, ..., cit., 286-287). En Bilbao había estallado antes, en 1905.

caciones obreras. Tarde o temprano, todo este proceso de contestación condujo a dos resultados palpables. Por un lado, a la implantación de formas diversas de control de la renta y a la suavización de las condiciones de los desahucios. Por otro, a la intervención del estado que, por vez primera y coincidiendo con el final de la Guerra, se embarcó en una política decididamente protagonista.

Las cifras básicas de la vivienda pública marcan efectivamente el gran salto de la vivienda en los países de la Europa occidental, en general socialdemócratas, al finalizar la Primera Guerra Mundial³⁹. Holanda⁴⁰, Gran Bretaña⁴¹, Alemania⁴², Austria, Suecia⁴³, Bélgica⁴⁴, y en menor medida Francia⁴⁵ iniciaron al acabar la guerra nuevas legisla-

³⁹ C. POOLEY (ed.), *Housing Strategies*, ... cit. Ver también E. LEBAS, S. MAGRI, C. TOPALOV, «Reconstruction and popular housing after the First World War: a comparative study of France, Great Britain, Italy and the United States», *Planning Perspectives*, vol. 6, 3, 1991, 249-267; AA.VV., «Architecture et politiques sociales, 1900-1940», *Les Cahiers de la recherche architecturale*, 15-17, 1985 (algún artículo traducido en *Gestión urbanística europea, 1920-1940*, Ayuntamiento de Madrid, 1986) H. RODRÍGUEZ-LORES, G. FEHL (eds.), *Die Kleinwohnungsfrage - Zu den Ursprüngen des sozialen Wohnungsbau in Europa*, Christians, Hamburg, 1988; C. TOPALOV, S. MAGRI, «Dalla città-giardino alla città razionalizzata: una svolta del progetto riformatore, 1905-1925», *Storia Urbana*, 45, 1988;

⁴⁰ G. FANELLI, *Architettura moderna in Olanda 1900-1940*, Florencia, 1968; D.I. GRINBERG, *Housing in the Netherlands*, DUP, Delft, 1982; N. PRAK, H. PRIEMUS, «The Netherlands», en C. POOLEY (ed.), *Housing Strategies*, ... cit.

⁴¹ M. SWENARTON, *Homes Fit for Heroes: The Politics and Architecture of Early State Housing in Britain*, Heinemann, Londres, 1981; J. BURNETT, *A Social History of Housing, 1815-1985*, Methuen, Londres-Nueva York, 1980, cap. 8 y 9; D. CALABI (a cura di), *Architettura domestica in Gran Bretagna, 1890-1939*, Electa, Milan, 1982; M. DAUNTON, (ed.), *Councillors and Tenants: Local Authority Housing in English Cities, 1919-1939*, Leicester University Press, Leicester, 1984; C. POOLEY, «England and Wales», en C. POOLEY (ed.), *Housing strategies*, ...cit; A. OLECHNOWICZ, *Working-Class Housing in England Between the Wars*, Clarendon Press, Oxford, 1997.

⁴² M. TAFURI, «Socialdemocrazia e città nella Repubblica di Weimar», *Contropiano*, 1, 1971, 207-223 (hay traducción castellana en Publicaciones de la ETSAV; AA.VV., *Der Lindenhof: Eine Genossenschafts-Siedlung in der Grosstadt*, Nishen, Berlin, 1987; F. BOLLEREY, K. HARTMANN, «La vivienda, de la utopía a la Siedlung», A&V, 1, 1985; RIBBE, W., SCHACHE, W., *Die Siemenstadt*, Berlin, 1985; L. SCARPA, *Martin Wagner e Berlino. Casa e città nella Repubblica di Weimar, 1918-1933*, Officina, Roma, 1983.

⁴³ TH. STRÖMBERG, «Sweden», en C. POOLEY (ed.), *Housing Strategies*, ... cit.

⁴⁴ P. VAN DEN EEKHOUT, «Belgium», *Ibid.*; M. SMETS, *L'avènement de la cité-jardin en Belgique. Histoire de l'habitat social en Belgique de 1830 à 1930*, Mardaga, Bruselas, 1977.

⁴⁵ R.H. GUERRAND, *Propietarires et locataires. Les origines du logement social en France (1850-1914)*, Quintette, Paris (la versión italiana de la primera edición de 1966 tiene un excelente prólogo de G. TEYSOT sobre la vivienda obrera del siglo XIX); C. TOPALOV, *Le logement en France. Histoire d'une marchandise impossible*, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, Paris, 1987; K. BURLIN (dir), *La banlieue-oasis. Henri Sellier et les cités jardins*, Presses Universitaires de Vincennes, Saint-Denis, 1987.

ciones para dotar fondos y subsidios a la construcción de vivienda pública en las grandes ciudades. En algunos países la iniciativa fue sobre todo municipal (Gran Bretaña, Austria y Alemania, Holanda); en otros dominó la iniciativa cooperativa y sindical (Países nórdicos, Bélgica). En cualquier caso, el protagonismo de la vivienda pública más o menos subsidiada fue indiscutible durante el ciclo de entreguerras, y a veces prácticamente exclusivo. En la Viena roja, la 63.000 viviendas de la municipalidad construidas en tan solo diez años coparon prácticamente la totalidad de la construcción inmobiliaria de la ciudad hasta la derrota de la socialdemocracia de principios de los treinta⁴⁶. En Frankfurt, un 25% de las familias de la ciudad fue realojada en las nuevas viviendas municipales. En Escocia, el 70% de la construcción de viviendas entre 1919 y 1941 corrió a cargo de los municipios, y en Holanda y Alemania la actividad de municipios y asociaciones de vivienda subvencionadas fue también mayoritaria en los años más difíciles de la inflación de postguerra. En los barrios de viviendas municipales, muchas veces alquiladas a los propios empleados del consistorio⁴⁷, se creó un fiel bloque de votantes, formando a veces auténticos bastiones del partido. La imagen del partido y la propaganda electoral hicieron de esas nuevas viviendas auténticos estandartes de una nueva sociedad, como ocurrió en Frankfurt, en Berlín. Nada parecido a lo que sucedió en los países del sur de Europa —España, Portugal, Grecia—, que también arrancaron programas de vivienda pública, pero de manera muy tímida y con tasas de construcción solo testimoniales.

La implicación de la clase obrera en la propiedad de la casa fue la otra gran novedad del período de entreguerras. El fenómeno empieza a ser bien conocido. La participación de los empleados y determinados estratos de la clase obrera cualificada fue importante. En las ciudades británicas, el caso mejor estudiado, porciones no despreciables del trabajo cualificado y de los trabajadores mercantiles se desplazaron a las nuevas periferias de casas unifamiliares (*semidetached*) configurando

⁴⁶ M. TAFURI, *Vienna Rossa. La politica residenziale nella Vienna Socialista, 1919-1933*, Electa, Milán, 1980; P. FELDBAUER, «Le marché du logement a Vienne (1848-1934)», *Urbi*, IV, 1980, XL-LXI; A. VON SALDERN, *Häuserleben. Zur Geschichte des städtischen Arbeiterwohnens vom Kaiserreich bis heute*, J.W. DIETZ NACHFOGLER, Bonn, 1995; E. BLAU, *The Architecture of Red Vienna, 1919-1934*, MIT Press, Cambridge (Mass.), Londres, 1998.

⁴⁷ G. TEYSSOT, «Civilisation su salarié et culture de l'employé», *Annales de la Recherche Architecturale*, 15-17, 1985.

un nuevo paisaje urbano⁴⁸. Un 32% de las familias inglesas eran propietarias de su hogar en 1939 y un 39% de las casas belgas eran ocupadas por sus propietarios al acabar la Segunda Guerra. Pero no todo eran casas en perfecto estado para ser habitadas por las familias obreras. El caso de las periferias urbanas latinas significaba aquí una marcada diferencia al respecto. A pesar de que también participaron obreros de oficio o de los servicios públicos de manera muy relevante, la gran masa de parcelas de los *lotissements* del cinturón parisino, se adquirió con muchos esfuerzos y sacrificios. Solo poco a poco podía el obrero construirse la pequeña casa, un habitáculo de partida que iba luego ampliándose al ritmo de la economía y la evolución familiar. Una gran porción del cinturón, especialmente al sur y al este, estaba plagado de parcelaciones «defectuosas», clandestinas, un universo de *mal lotis*. Conseguir un mínimo estándar de accesibilidad, urbanización y equipamientos fue una auténtica batalla. De ahí derivó en parte el predicamento del Partido Comunista en los *lotissements*, con frecuencia lugares privilegiados de implantación del partido y base de agitación contra las municipalidades no afines. El contenido pequeño burgués de la pequeña propiedad no suponía ninguna contradicción ideológica para los dirigentes políticos comunistas en periferia: «la situación del *mal loti* no era más que una forma más de explotación y solo la llegada del comunismo la pondría fin»⁴⁹.

El impacto real de la vivienda pública y de la propiedad en la vida obrera fue por fuerza limitado, pues la pesada herencia de la situación pre-1914 constituyó una losa casi insalvable. Incluso en países donde se construyó mucha vivienda pública, como Gran Bretaña, Holanda y Alemania, no más del 15% de las familias se acomodaron en dichas viviendas (casi un 25% en Escocia). En general, las casas fueron ocupadas por empleados y por los estratos más cualificados de la clase obrera, con estrictos criterios de selección, por lo que el impacto real sobre el estrato menos cualificado fue mucho menor. Hacia 1939 solo un 10% del conjunto la clase obrera británica habitaba en vivienda municipal y otro 20% habría accedido a la propiedad de su casa. En 1951,

⁴⁸ M. SWENARTON, S. TAYLOR, «The scale and nature of the growth of owner occupation in Britain between the wars», *Economic History Review*, 38, 1985; D. BYRNE, «Working class owner occupation and social differentiation on inter war Tyneside», en B. LANCASTER, *Working Class Housing on Tyneside, 1850-1939*, Newcastle, 1994; A. O'CARROLL, «Tenements to bungalows: class and the growth of home ownership before "World War II"», *Urban History*, 24, 2, 1997, 221-241.

⁴⁹ A. FOURCAUT, *La banlieue en morceaux*, ..., cit. 170-175, 171.

un 18% de los hogares ingleses habitaba ya en casas municipales⁵⁰. Esas cifras en principio bajas deben valorarse. Es cierto que el libre alquiler seguía siendo, con un 71%, el modo de tenencia mayoritario de los trabajadores, pero su repercusión en el presupuesto obrero había descendido apreciablemente, como veremos más adelante. La situación había experimentado por vez primera un giro sustancial para sectores apreciables dentro de los estratos obreros cualificados y para muchos empleados públicos, donde los porcentajes de propiedad y disfrute de la vivienda municipal fueron bastante superiores a los de los obreros sin cualificación. Para los sectores obreros que pudieron disfrutar de la vivienda municipal o de la casa en propiedad se produjo una mejora generalizada de las condiciones de vivienda. Las nuevas casas municipales eran más grandes e independientes («unifamiliares»), con posibilidad de separar género y edades en su interior. Un 66% de las nuevas *council houses* inglesas tenían tres dormitorios. La provisión del baño y del jardín será la otra gran consecución⁵¹. La mujer, madre de la familia nuclear, habría de ser la protagonista de ese nuevo espacio ampliado en el que aplicar el control de las tareas de la casa, asignándola definitivamente a la esfera doméstica. En las ciudades alemanas esas capas obreras experimentaron el *Neues Bauen*, la nueva arquitectura moderna, que habría de tecnificar la vida doméstica, aliviando las tareas más rutinarias del hogar. Los nuevos criterios de diseño de la habitación (la menor importancia del cubicaje en beneficio del soleamiento, la luz y la ventilación cruzada; un equipamiento multiplicado, con agua corriente, *tout a l'égout*, electricidad, calefacción; la taylorización de recorridos para reducir la fatiga al mínimo) fracasaron en la práctica: los alquileres fueron más caros de lo previsto —confirmando el escaso impacto en la clase obrera más desfavorecida—, los problemas constructivos abundantes y los límites de la supuesta racionalización del trabajo doméstico evidentes⁵².

Al iniciarse la Segunda Guerra Mundial la situación había mejorado de manera apreciable para el conjunto de la clase obrera de las ciu-

⁵⁰ J. BENSON, *The Working Class*, ..., cap. 3.

⁵¹ *Ibid.*, 78-80; J. BOURKE, *Working-Class Cultures in Britain, 1890-1960, Gender, Class and Ethnicity*, Routledge, Londres-N.York, 1994, cap. 3.

⁵² CH. BORNGRAEBER, «Francfort. La vie quotidienne dans l'architecture moderne», *Cahiers de la Recherche Architecturale*, 15-17, 1985, 114-123; K. HAGEMANN, «Of "old" and "new" housewives: everyday housework and the limits of household rationalization in the urban working-class milieu of the Weimar Republic», *International Journal of Social History*, 41, 3, 1996, 305-330.

dades con tradición laborista o socialdemócrata. Como consecuencia del control de alquileres, de las medidas de protección del inquilino y de la propia política de construcción pública, la repercusión de la renta en el gasto obrero había ido indiscutiblemente a la baja. Desde el inicio de la Primera Guerra Mundial el impacto del alquiler sobre el salario «completo» de un obrero británico había bajado de un 14% a menos del 10%. En Alemania de un 15-20% del ingreso familiar medio a un 10-11% y en Viena de un 20-25% del ingreso familiar obrero a principios de siglo a menos de un 8%. En Barcelona, sin apenas vivienda subvencionada, ni control de alquileres de ningún tipo, el monto del alquiler seguía situándose en los años treinta entre un 20 y un 25% del salario de un obrero no cualificado⁵³. Los cambios operados en las ciudades en las que hubo un real acceso a la vivienda municipal y a la propiedad por parte de las capas obreras cualificadas toman su auténtica dimensión al compararlos con las ciudades del sur, como expresa el cuadro 4. Si contrastamos la situación con la del cambio de siglo, la impresión general es que las ciudades europeas de tradición socialdemócrata habrían reducido distancias con respecto a las inglesas. Para las ciudades del sur como Barcelona, tales distancias seguían siendo todavía insalvables.

Cuadro 4
Formas de tenencia de la vivienda obrera

	Propiedad		Municipal	
	Gran Bretaña	Barcelona	Gran Bretaña	Barcelona
Hacia 1900.....	>5	—	0.0	0
1918.....	10	—	0,5	0
1939.....	19	4	10.0	1

Fuentes: J. Benson, *The Working Class in Britain, 1850-1939*. J.L. Oyón et alrri, *Barcelona 1930: Un atlas social*.

Estabilidad residencial y alargamiento de la movilidad cotidiana

Cronin da una importancia trascendental en la consolidación del nuevo barrio obrero a la consecución de unas altas tasas de estabilidad

⁵³ Las cifras para Gran Bretaña de J. BENSON, *The Working Class*, ..., cit., 81; Para Alemania, C. WISCHERMANN, «Germany, ...», cit.; Para Viena, P. FELDBAUER, «Le marché du logement», ..., cit; Para Barcelona, J.L. OYÓN, «Obreros en la ciudad: líneas de un proyecto de investigación en historia urbana», *Historia Contemporánea*, 18, 1999, 317-346.

residencial. En el razonamiento que lleva a Savage a postular la década de los veinte como la de la auténtica edad dorada del barrio obrero ese argumento cobra también un papel central⁵⁴ y lo mismo ocurre cuando Magri y Topalov señalan esos años como los de la fijación residencial de numerosas categorías obreras. Todas estas observaciones se apoyan en un trabajo de Pritchard sobre Leicester que establece el período de la Primera Guerra Mundial como el del cambio real en las pautas de movilidad residencial decimonónicas. Durante el siglo XIX y los primeros años del XX, las tasas de movilidad habían sido altísimas muy especialmente en el mundo obrero. En vísperas de la guerra, la tasa de mudanzas anuales en algunas ciudades inglesas oscilaba entre el 15 y el 30%. En las ciudades alemanas, si bien la movilidad iba en descenso, todavía un altísimo porcentaje de ciudadanos se cambiaba anualmente de casa: más de un 30% en Berlín y Colonia, y más de un 40% en Breslau y Essen, unas tasas similares a las de las grandes ciudades industriales inglesas de la segunda mitad del XIX. El control de los alquileres y las medidas de protección de los inquilinos en los años finales de la guerra jugaron un papel clave en favor de la estabilidad domiciliaria. La caída de la movilidad residencial fue espectacular a partir de entonces. Para los que alquilaban sus casas, abandonarlas era renunciar a la protección de la ley. Para los que accedían a la propiedad en la periferia, se autoconstruían su casas o estaban pagando la hipoteca de su terreno, y para muchos residentes de las viviendas municipales la tendencia era la misma. La movilidad anual bajó en Lyon de un 18% en 1901-06 a un 7,5% en 1931-36. En Leicester, era de solo un 5% anual entre las dos guerras y en París en torno al 10% en las capas populares. En Barcelona he calculado para 1930-32 una movilidad que oscilaba entre el 10 y el 20% para seis barrios obreros, esto es cifras superiores a las de las otras ciudades estudiadas⁵⁵.

Si bien la diferencia de movilidad residencial siguió siendo marcada entre el mundo del trabajo manual y el del no manual, no existen da-

⁵⁴ M. SAVAGE, «Urban history and social class: two paradigms», *Urban History*, vol. 20, part. 1, Ap. 1993, 61-77.

⁵⁵ R.M. PRITCHARD, *Housing and the Spatial Structure of the City*, Cambridge, 1976. Un buen resumen de los estudios ingleses del siglo XIX en R. DENNIS, *English industrial cities*, ..., cit. cap. 8.; los datos para Alemania en L. NIETHAMMER, F. BRUGGEMEIER, «Wie wohnten Arbeiter» ... cit., 117-119; para LYON J.-L. PINOL, *Les mobilités de la grande ville*, ... cit. cap. 8.; Para PARIS F. CRIBIER, «Le logement d'une generation de parisiens à l'époque du Front Populaire», en S. MAGRI, CH. TOPALOV, *Villes ouvrières*, ... cit., 109-128, 117-118; Para Barcelona, J.L. OYÓN et altri. *Un suburbio obrero en la Barcelona de entreguerras: la Colonia Castells, 1923-1936*, en prensa.

tos incontrovertibles sobre el diferente grado de movilidad entre obreros cualificados y no cualificados. Para Lyon esas diferencias parecen nimias. Magri y Topalov apuntan en cambio que es posible que el período de entreguerras se caracterice por una diferenciación nueva entre poblaciones obreras fijadas a su vivienda y poblaciones extremadamente móviles —recién llegados al mercado inmobiliario, jóvenes hogares, nuevos inmigrantes⁵⁶. Al ser la propiedad de la casa un potente factor de anclaje, los trabajadores cualificados, los que más participaron en estas formas de tenencia en términos relativos, serían los elementos que aportasen estabilidad a los nuevos barrios. Es lo que hemos podido comprobar recientemente en la Colonia Castells, un barrio proletario barcelonés donde no falta una pequeña capa de obreros propietarios. La mayor estabilidad en los nuevos barrios era sin embargo la otra cara de la inestabilidad, de los cambios creados en los viejos como consecuencia de la mudanza. Los trabajadores más cualificados, los que tenían los más altos salarios o mayores expectativas de prosperar, iniciaron sin duda una gran emigración hacia la periferia o hacia otros barrios alejados que alteró profundamente sus hábitos de sociabilidad. Seguramente cambiaron menos de casa durante su vida que el obrero no cualificado, pero cuando lo hicieron, fue para alejarse definitivamente del barrio tradicional. El desplazamiento de largo radio, esto es, el cambio de barrio de residencia, solía asociarse a la mejora de la situación económica, una mejora inscrita en una experiencia más global de la ciudad. Es lo que Maurizio Gribaudi reconstruye minuciosamente en las trayectorias individuales de los obreros turineses. La movilidad social ascendente se relaciona positivamente con los desplazamientos urbanos de largo radio, con los cambios de barrio, y con la residencia en barrios socialmente «híbridos», mientras que la estanqueidad, la permanencia en la condición obrera, se asocia por el contrario con la larga estabilidad residencial en los barrios más específicamente trabajadores⁵⁷.

La menor movilidad residencial para el conjunto de la clase obrera quedaba contrarrestada por un decidido aumento de la movilidad cotidiana. Desde 1900, con la electrificación y sobre todo con la municipalización —especialmente en las ciudades de Centro Europa y Europa Oeste— se produjo la definitiva democratización y la consolidación de

⁵⁶ J.L. PINOL, *Les mobilités*, ..., cit. 235-243; S. MAGRI, CH. TOPALOV, «Pratiques ouvrières, ...», cit. 34-35.

⁵⁷ J.L. OYÓN *et altri*. *Un suburbio obrero*. ...cit.; J. BENSON, *THE WORKING CLASS*, ... cit., 123-124; C. ENRECH MOLINA, *L'ofensiva patronal*, ... cit. vol. 2. 654-667; M. GRIBAUDI, *Mondo operaio*, ..., cit., 76-96.

un transporte urbano de masas⁵⁸. En los primeros años de la electrificación se abarataron las tarifas en un 50% como término medio en ciudades europeas con municipalización, mientras que en otras ciudades del sur sin municipalización, caso de Barcelona, la democratización fue algo más lenta: las tarifas de hecho se mantuvieron en los niveles previos de la época de la tracción animal y la democratización fue solo efectiva a partir de 1914. La repercusión de las tarifas en el salario obrero medio seguía siendo alta, como en la Atenas de 1910, donde todavía era del 10-15%. Solo después de la Primera Guerra Mundial se pasó en Barcelona de una repercusión del 7-8% para un obrero de fábrica cualificado y un 10-12% para uno no cualificado a una repercusión del 3 y el 5% respectivamente⁵⁹.

Si hasta 1900, el obrero «seguía a la fábrica» y cambiaba de domicilio en función de sus nuevos empleos, durante 1900-1950, el fenómeno del alargamiento de los desplazamientos al trabajo fue general, afectando claramente a todos los sectores obreros y populares. El caso de Londres y las ciudades británicas ha sido estudiado en una serie de larga duración: Antes de 1939 la distancia media recorrida al trabajo se situaría entre 11 y 21 km en la capital y entre 4 y 7 km para la media británica. En Barcelona se situaría entre 1,7 y 1,9 km⁶⁰. Durante la primera mitad de siglo se consolidó pues, en Gran Bretaña al menos, la definitiva disociación entre lugar de trabajo y domicilio. ¿Reflejan esas cifras la generalidad de grandes ciudades europeas continentales? La sensación es que para París, y las grandes ciudades en Alemania, en Bélgica, se acabó produciendo muy claramente esa escisión. Otras ciu-

⁵⁸ J.P. MC KAY, *Tramways and Trolleys. The Rise of Urban Mass Transport in Europe*, Princeton University Press, Princeton, 1976; A.D. OCHOJNA, *Lines of Class Distinction. An economic and social history of the British Tramway with special reference to Edinburgh and Glasgow*. Tesis doctoral, Edinburgh University, 1974; J.L. OYÓN, «Transporte público y estructura urbana (mediados s. XIX-mediados s. XX): Gran Bretaña, España, Francia y Países germánicos», *Ecología Política*, 17, 1999, 17-35.

⁵⁹ G.C. DICKINSON, C.J. LONGLEY, «The coming of cheap transport— A study of tramway fares on municipal systems in British provincial towns», *Transport History*, 2, 1973; *Ibid.*, «Twopence to the terminus? A study of tram and bus fares in Leeds during the inter-war period», *Journal of Transport History*, vol.7, mar, 1986, 45-60; C. MIRALLES, J.L. OYÓN, «De casa a la fábrica. Movilidad obrera y transporte en la Barcelona de entreguerras, 1914-1939», en J.L. OYÓN, (ed.), *Vida obrera en la Barcelona de entreguerras...*, cit. L. LEONTIDOU, *The Mediterranean City*,...cit.

⁶⁰ C.G. POOLEY, «Changing home and workplace in Victorian London: the life of Henry Jacques, shirtmaker», *Urban History*, 24, 2, 1997, 174-178; C.G. POOLEY, J. TURNBULL, «Modal choice and modal change: the journey to work in Britain since 1890», *Journal of Transport Geography*, 8, 2000, 11-24.

dades como Viena, San Petersburgo o Barcelona habrían tardado más en entrar en dicha dinámica⁶¹. En el cuadro 5, se han comparado las cifras barcelonesas con las inglesas al nivel agregado de ciudad. Se comprueba que la situación es muy diferente entre dos ciudades muy similares en tamaño (Barcelona y Birmingham), y radicalmente diferente comparada con el caso de Londres: mientras que en BCN al menos dos tercios de los obreros caminan a las fábricas, en Birmingham (tomando todo tipo de empresas y trabajos) esa cifra es solo de menos de un tercio y en los *council estates* del LCC, no llegaba a un 20%. Esa misma disparidad es observable al comparar los datos de algunas empresas en siete grandes ciudades inglesas: solo en un caso de los 12 considerados, se sobrepasa la cifra de un 25% de obreros que caminan al trabajo⁶².

Cuadro 5
Diostancias domicilio-trabajo en tres ciudades, años 30 (%)

	Londres	Birmingham	Barcelona
Menos de 2 kilómetros	16,5	38	66,6
Menos de 3 kilómetros	34,0	54	81,0

Fuentes: K. Liepmann, *The journey to work*. C. Miralles, J.L. Oyón, *De casa a la fábrica*.

NB: Las cifras de Londres se refieren a los *estates* de LCC, las de Barcelona a seis grandes empresas y las de Birmingham a todo tipo de empresas y localizaciones.

El impacto progresivo del abaratamiento de tarifas en el mundo obrero se refleja en el alargamiento escalonado de la movilidad por cualificación, género y edad. La entrada de la clase obrera en el transporte y la separación trabajo-domicilio tuvo lugar «en fases», con la

⁶¹ El trabajo de Kate LIEPMANN citado en la nota siguiente contiene diversos datos de desplazamientos para Bélgica y Alemania: P. MERLIN, *Les transports parisiennes*, París, 1967; F.J. MONCLUS, J.L. OYÓN, «Transporte y crecimiento urbano en España, mediados s. XIX-finales s. XX», *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, 107-108, 1996, 217-240; P. CAPUZZO, *Vienna da città a metropoli*, Franco Angeli, Milan, 1998; F.W. CARTER, «Public Transport in the Development of Nineteenth-century Prague», *Transport History*, vol.6, 1973, 205-226; J.H. BATER, «The Journey to work in St.Petersburgh, 1860-1914», *Journal of Transport History*, set. 1973, set. 1974.

⁶² Todos los datos británicos proceden de K. LIEPMANN, *The journey to work*, Routledge & Kegan, Londres, 1943, part. B. En Manchester y Glasgow del período de entreguerras se estima que solo un 25% de los desplazamientos al trabajo se realizaban caminando (Ver C.G. POOLEY, J. TURNBULL, «Commuting, transport and urban form: Manchester and Glasgow in the mid-twentieth century», *Urban History*, 27, 3, 2000, 360-383).

participación primero de los sectores más cualificados y mejor pagados y solo después de los menos cualificados. Ese fenómeno es aparente en París ya hacia 1912. En las ciudades inglesas de finales de los treinta, parece que el alargamiento generalizado de los desplazamientos afectaba ya a todo tipo de cualificación. No eran palpables las diferencias entre empleados de oficina de las fábricas y obreros manuales, ni tampoco entre cabezas de familia obreros y otros miembros familiares. Sólo aparecía como claramente destacable la mayor proximidad en el caso de las mujeres⁶³.

En las «ciudades del sur», en cambio, la movilidad cotidiana en el período de entreguerras no era solo más limitada, sino también más selectiva. Era evidente una jerarquía que iba escalonándose desde los desplazamientos más largos de los empleados de oficina, los de los obreros cualificados y no cualificados, hasta los de las mujeres y aprendices, los más restringidos de todos. En una serie de fábricas analizadas en Barcelona, un obrero cualificado se desplazaba cerca de 3 km de media, uno sin cualificar poco más de 2 km y una mujer obrera solo 1. Es una situación parecida a la que se reflejaba en el París de antes de la Primera Guerra⁶⁴. Seguramente, el transporte era ya accesible para la generalidad de los obreros barceloneses de 1930 (de ahí la «indiferencia» respecto a la distancia que se observa en obreros no cualificados de determinados centros de trabajo de la ciudad), pero la inercia de la situación heredada, de los mercados de trabajo ya establecidos y de la propia geografía «densa» de la ciudad, era todavía muy fuerte. Evidentemente, no todas las áreas de la ciudad respondían al mismo patrón. Estamos hablando solo de «medias» que encubren situaciones distintas; las distancias recorridas por los obreros en fábricas y talleres de la periferia eran claramente superiores a las de los obreros del centro o de los viejos suburbios populares; lo mismo ocurre con relación al tamaño de empresa y el ramo industrial⁶⁵. Pero en la ciudad mediterránea, al menos por lo que conocemos, el latido del barrio, del taller y la fábrica cercanos, sigue siendo todavía esencial en la vida cotidiana, especialmente para el trabajador más pobre.

⁶³ *Ibid.*; A. FAURE, «Nous travaillons 10 heures par jour, plus le chemin». Les déplacements de travail chez les ouvrières parisiens, 1880-1914», en S. MAGRI, Ch. TOPALOV, Ch., *Ouvrières dans la ville*, ... cit.

⁶⁴ *Ibid.*; C. MIRALLES, J.L. Oyón, «De casa a la fábrica...», cit.

⁶⁵ Ver las distinciones que se hacen al respecto para el obrero de siglo XIX M. PERROT, «On the formation of the French Working Class», en I. KATZNELSON, A.R. ZOLBERG (ed.) *Working-Class Formation*,... cit., 83-92.

Como conclusión, puede hablarse de la consolidación de una nueva esfera fundamental de la existencia en el mundo obrero, el desplazamiento al trabajo diario, un largo recorrido que tiende a realizarse ya fuera del marco del barrio, al menos para el obrero varón más regularmente empleado y en los sectores industriales mejor pagados. El obrero más cualificado, con una movilidad residencial menor pero de más largo radio, iba emigrando a los nuevos suburbios o a otros barrios populares o mixtos donde recreó una vida doméstica alejada de los centros de trabajo. Cambiase o no de trabajo, lo cierto es que su taller o su fábrica, no se encontraban ya más que raras veces en el seno del viejo barrio. Para el obrero más pobre, en especial el de los centros y los suburbios antiguos de la ciudad mediterránea, con una movilidad residencial más frecuente pero de más corto radio, el vecindario y el barrio, con oportunidades de trabajo relativamente cercanas era todavía realidades bien presentes.

Sociabilidades obreras: ¿la edad de oro del barrio obrero?

La visión de los que conciben el barrio obrero como soporte de la movilización social, se asienta como pilar fundamental en la idea de una gran cohesión interna. Tal cohesión deriva de la existencia de redes de sociabilidad más o menos formales que posibilitaron la construcción de auténticas comunidades obreras. Los estudios sociológicos de la segunda posguerra fueron los primeros en reconocer esas relaciones entre subáreas ecológicas y modos de vida⁶⁶. El común denominador de los barrios analizados, *slums* sobre todo de las zonas centrales, era una larga historia de inmovilidad personal, ocupacional y residencial, que resultaba en un estrechamiento, de los lazos de parentesco y de amistad. ¿Hasta qué punto son ciertas estas apreciaciones y en qué medida se conformaron comunidades obreras y populares donde se definió un «nosotros» frente al exterior. ¿En qué medida liga esta pintura de la segunda posguerra con la evolución real de los barrios obreros y populares?

Por lo que se refiere a la sociabilidad más primaria, existen suficientes datos para confirmar la indiscutible fuerza de las relaciones sociales que se anudaban en torno al barrio obrero. Constatadas al menos

⁶⁶ Fueron FORSYTH, WILLMOTT & YOUNG y GANS los que descubrieron en las grandes ciudades de la posguerra (Boston y Londres centrales) auténticos pueblos o barrios (*villages*), de carácter esencialmente obrero y popular. Ver nota 4.

desde mediados del siglo XIX y asentadas en una prolongada permanencia residencial dentro de un espacio restringido, las redes de parentesco, el vecindario y las relaciones comunitarias más elementales, se mantuvieron vivas durante el primer siglo XX contribuyendo a reforzar lazos sociales sobre bases muy claras de territorialidad. En el nivel más bajo de la sociabilidad primaria, un nivel cuasi etnológico, Young y Willmott descubrieron en las relaciones de parentesco del Bethnal Green londinense de los años 50 un cemento de cohesión de primer magnitud. En determinados barrios obreros se producía un papel magnificado de la familia extensa: muchas veces se cohabitaba con parientes; otras, el padre, la madre o los hermanos vivían a la vuelta de la esquina. La constancia de relaciones de proximidad basadas en el parentesco la he podido confirmar en el caso de seis barrios obreros barceloneses muy diversos del periodo de entreguerras. En pequeños espacios de unos mil habitantes, de un 40 a un 50% de los hogares estaban caracterizados por la cohabitación o por la gran proximidad física de parientes en primer grado (distancias entre domicilios inferiores a los 200 metros). Si contempláramos un ámbito espacial mayor, unos 7000 habitantes, del 50% al 70 % de los hogares estaría en esa situación⁶⁷.

El vecindario más próximo se implicaba también en relaciones de ayuda mutua, habitualmente vehiculadas por las mujeres. Adoptaba formas diversas, desde la simple amistad entre vecinos y el préstamo de dinero, a los pequeños favores ocasionales; desde el cuidado de los niños (hasta un 30% de madres trabajadoras londinenses dejaban a sus hijos al cuidado de las vecinas) y las ayudas relacionadas con la economía doméstica —lavado de ropa, trabajos varios...— hasta el simple «cotilleo». Numerosos testimonios orales recogidos en ciudades británicas ilustran este tipo de lazos, no tan estrechos como los de parentesco ciertamente, pero prefiguradores con frecuencia de futuras relaciones familiares. Lo mismo podemos decir de la amistad, no siempre restringida a la mínima esfera del vecindario. A través de las actas matrimoniales se ha podido localizar la residencia de los amigos testigos, frecuentemente vecinos del mismo distrito de los contrayentes. Gribaudi ha podido reconstruir con testimonios orales las vivencias y trayectorias de un grupo de amigos asentados en un vecindario del Borgo San Paolo turinés⁶⁸.

⁶⁷ M. YOUNG, P. WILLMOTT, *Family and kinship*,..., cit; J.L. OYÓN *et altri*, *Un suburbio obrero*, cap. 4; J. BENSON, *The Working Class*, cit., cap. 5.

⁶⁸ R. ROBERTS, *The classic slum: Salford in the first quarter of the century*, Manchester University Press, Manchester, 1971.; S. MEACHAM, *A Life Apart: The British Working Class, 1890-1914*, Londres 1977; J. WHITE, *Rothschild Buildings: Life in an East End Te-*

La pervivencia de la comunidad barrial como elemento base de la sociabilidad aparece confirmada en los comportamientos matrimoniales. Los domicilios declarados por los esposos antes de la boda en las actas reflejan una destacadísima endogamia geográfica. Diversos estudios nos muestran que muy a menudo los futuros cónyuges se conocieron en el barrio. En las ciudades inglesas del cambio de siglo, por ejemplo, hasta un 80% de los contrayentes provenían del mismo distrito —cosa que solo se daba en un 25% de los casos de la burguesía. El suburbio parisino de Belleville, predominantemente ocupado por obreros cualificados y artesanos, era también en 1910 un espacio de encuentro de los futuros esposos. Hasta un 48% habitaban en el mismo inmueble. En los obreros inmigrantes turineses que estudia Gribaudo durante el primer tercio de siglo, los matrimonios entre parejas que residían en el mismo barrio, a poca distancia entre ellos, llegaba a un 60%. No son los únicos ejemplos. En dos barrios londinenses de los años veinte, del 42 al 51% de noviazgos se producían en la misma calle, con un 25% adicional si considerásemos la parroquia en su conjunto. En diversos barrios trabajadores del centro y de los suburbios populares de Barcelona se constata también la existencia de una gran endogamia de barrio, con distancias medias para futuros cónyuges de 200 a 400 metros durante esa misma década. Más de una cuarta parte de las uniones se realizaban entre vecinos de escalera o de finca. Solo una tercera parte de los contrayentes de la Barceloneta de 1935 por ejemplo salió del barrio para buscar pareja⁶⁹.

La importancia del factor proximidad en las distintas escalas de relación —de vecinos, de residentes en la misma calle, en el mismo

nement Block, 1887-1920, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1980; A. DAVIES, *Leisure, Gender and Poverty: Working-class Culture in Salford and Manchester, 1900-1939*. Open University Press. Buntingford. 1992; A. Davies, S. Fielding (eds.) *Workers Worlds: Cultures and Communities in Manchester and Salford*, Manchester University Press, Manchester, 1992; E. ROSS, «Survival networks: women's neighbourhood sharing in London before World War One», *History Workshop*, 15, 1983, 4-27; M. TEBUTT, *Making ends meet: pawnbroking and working-class credit*, Leicester University Press, Leicester, 1983; *Women's Talk? A social history of Gossip in Working-Class Neighbourhoods, 1880-1960*, Aldershot, 1995; M. GRIBAUDI, *Mondo operaio*, cit., cap. 6; J. JALLA, «Le quartier comme territoire et comme représentation: les barrières ouvrières de Turin au début du XX.^e siècle», *Le Mouvement Social*, 118, 1982, 79-97.

⁶⁹ S. DOBSON, *Authority and Upheaval*, cit., 64-65; M. SAVAGE, A. MILES, *The Remaking*, cit., 64; G. JACQUEMET, «Belleville ouvrier a la Belle Epoque», *Le Mouvement social*, 118, 1982; M. Gribaudo, *Mondo operaio* cit., 29; J. BOURKE, *Working-Class Cultures in Britain, 1890-1960. Gender, Class and Ethnicity*, Routledge, Londres-N. York, 1994, cap. 5, 154; J.L. OYÓN, «Obreros en la ciudad,....», cit.

barrio— es incuestionable. Las redes de parentesco, de vecindario y amistad o las implicadas en el espacio del cortejo entre futuros esposos, se fraguaron en gran medida en la esfera del barrio y generaron una territorialidad que probablemente llegó a su punto culminante en las primeras décadas del siglo xx. La calle fue su ámbito de desarrollo fundamental. «La calle constituía el más amplio y accesible foro de la vida comunal (especialmente) de los más pobres»⁷⁰. El otro rasgo primordial de todas estas relaciones es que estaban canalizadas en gran medida por las mujeres. Ese carácter «matrilocal» es indiscutible en las relaciones de parentesco, en las de vecindario, en los matrimonios... Las conexiones entre familias de las distintas viviendas, tanto en el Est End londinense como en los barrios obreros de Barcelona, estaban vehiculadas fundamentalmente por las esposas (la proporción correspondiente a las esposas y los esposos era aproximadamente de un 70% frente a un 30%). Era la madre la que estaba primordialmente ligada a la esfera de la casa y al mundo femenino más próximo de la charla ocasional con las vecinas. Y era asimismo la futura esposa la que solía atraer al novio a casarse en su parroquia y, más tarde, a sus espacios familiares. Todas esas relaciones de sociabilidad primaria, relaciones que significan distancias más cortas, eran preeminentemente femeninas⁷¹. En las distancias más largas, en el espacio más amplio del barrio, de la ciudad, es el hombre el que suele dominar, como hemos visto al analizar los desplazamientos domicilio-trabajo.

¿Se diferenciaban también a este nivel las distintas figuras obreras en el espacio urbano? ¿Eran las categorías obreras modestas y menos cualificadas las más proclives a esos espacios de la proximidad que reinaban en las relaciones de sociabilidad más primaria? ¿No era por contra en el mundo cotidiano de los empleados o los trabajadores de oficio, del obrero cualificado de la nueva fábrica, donde se apreciaba en mayor medida la tendencia al alejamiento de parientes, los vecinos y amigos más próximos? No conozco respuestas concluyentes al respecto, aunque sí indicios que sugieren una distensión de esos lazos de sociabilidad a medida que crecía la cualificación y el salario. John Benson cree que los sectores más acomodados del mundo del trabajo fueron los primeros en abandonar la red de parientes más próximos, el

⁷⁰ J. BENSON, *The Working Class*,..., cit., 132.

⁷¹ C. CHINN, *They Worked all Their Lives: Women of the Urban Poor in England, 1880-1939*, Manchester University Press, 1988; J. BOURKE, *Working-Class Cultures*, cit., cap. 5; M. YOUNG, P. WILLMOTT, *Family and Kinship*,..., cit.; J.L. OYÓN et altri, *Un subvivo obrero*, ..., cit.

vecindario y la comunidad. Es lo mismo que explica en detalle Gribaudi en la cuadrilla de amigos del Borgo San Paolo de entreguerras: los más ambiciosos, los de una movilidad social ascendente, dejan el vecindario. Un empleo mas regular, un mayor salario, incitaron a la búsqueda de una mejor habitación y, a la larga, al abandono del barrio en muchas ciudades inglesas. Se perdieron primero los contactos con los vecinos. Después, las relaciones día a día con los parientes próximos fueron espaciándose cada vez más. Al declinar parentesco y vecindario, la entera comunidad barrial terminó por sufrir las consecuencias. Donde más llamativamente se manifestó ese declive fue en los nuevos *housing estates* municipales a los que la búsqueda de mejor acomodo había llevado a sectores apreciables de esas categorías obreras. Favorecida por la baja densidad, la ausencia de sentimiento comunitario fue un rasgo compartido por casi todos esos suburbios hasta la Segunda Guerra Mundial («desiertos de vivienda desprovistos de oasis de comunidad»). Solo se reprodujeron nuevos lazos comunitarios, principalmente lazos de sociabilidad informal, en los *estates* donde la presencia de obreros manuales no cualificados era proporcionalmente mayor. Por esa misma lógica, las relaciones comunitarias sobrevivieron durante más tiempo en los viejos *slums* habitados por los sectores más pobres del mundo trabajador. Las capas menos cualificadas eran más proclives a la proximidad. Los amigos de los obreros peones de Belleville se localizaban en la esfera del barrio, mientras que los empleados y obreros cualificados ampliaban más lejos su radio de amistades. Los jornaleros de la Barceloneta hallaban a menudo pareja en el barrio, algo no tan habitual en el caso del obrero cualificado o del pequeño tendero⁷².

Los lazos comunitarios de carácter más formal, las instituciones de sociabilidad secundaria, han recibido mucha atención en los últimos años. Incluso en circunstancias difíciles, como la época de la Dictadura en Barcelona, existió un elevado grado de sociabilidad de las clases trabajadoras. Al margen del asociacionismo de la política formal, ese fue el principal instrumento de articulación de la clase obrera. Todo tipo de asociaciones, desde las procedentes de la tradición del Ocho-cientos hasta las más propias de estos años, como el deporte, se desplegaron profusamente en el ámbito del barrio y del pequeño localis-

⁷² J. BENSON, *The Working Class...* cit., cap. 5; M. GRIBAUDI, *Mondo operaio...*, cit., cap. 6; D. BAYLISS, «Revisiting the cottage council estates: England, 1919-1939», *Planning Perspectives*, 16, 2001, 169-200; A. HUGUES, A., K. HUNT, K., «A culture transformed? Women's lives in Wythenshawe in the 1930s», en A. DAVIES, S. FIELDING (eds.), *Workers' Worlds...*, 1992; G. JACQUEMET, «Belleville ouvrier, ...», cit. 65.

mo⁷³. Esa indudable dimensión local, seguramente nunca fue alcanzada en otro momento histórico. Pero en determinadas actividades, o en determinadas culturas políticas, ese asociacionismo estaba también articulado al nivel de toda la ciudad. Unas veces asociaciones dedicadas a la misma actividad sobrepasaban las fronteras del barrio para organizarse a la escala urbana más amplia. Otras, asociaciones de todo tipo, desde las más estrictamente políticas como las sedes locales de partido, hasta los clubes de gimnasia, llegaban a formar una auténtica contracultura proletaria coordinada bajo la dirección de los partidos socialdemócratas. La cultura obrera fue más militante en aquellas ciudades donde no hubo solo una poderosa vida asociativa de barrio, sino también una coordinación a nivel urbano.

Hasta 1914 al menos, las asociaciones obreras y populares, fueron esenciales para estrechar los lazos comunitarios de la cultura obrera. Clubes obreros, ateneos, cooperativas de consumo, sociedades de socorros mutuos, formaban una tupida red de localizaciones urbanas que cubría buena parte de los barrios obreros de muchas ciudades europeas. Las sedes locales de los partidos políticos socialistas —que funcionaban muchas veces como centros culturales y de sociabilidad de barrio—, y las secciones sindicales de los nuevos sindicatos de masas venían a complementar la función de aquellas asociaciones, de carácter más apolítico. Hay que recordar que la definitiva afirmación de masas del SPD o el crecimiento del Partido Laborista se basaron en una organización con base barrial, con precisas tareas de los militantes para controlar espacios vecinales determinados, hacer propaganda electoral o recoger cuotas. Su empuje electoral en los distritos obreros es inconcebible sin un profundo enraizamiento en el territorio local⁷⁴. En los países germánicos, el asociacionismo de confesión socialdemócrata, un

⁷³ GABRIEL, P., «Sociabilitat de les classes treballadores a la Barcelona d'entreguerres, 1918-1936», en OYÓN, J.L. (ed.), *Vida obrera*,..., cit., 99-126.

⁷⁴ M. SAVAGE, A. MILES, *The Remaking*,..., cit. 62-68. Los autores piensan que hacia 1914, dado el ascenso del movimiento asociativo y la falta de implicación de la burguesía en los asuntos urbanos, muchas ciudades se habían convertido en ambientes típicamente obreros, algo no muy distinto a lo que piensa Hobsbawm. No todos los países por supuesto siguieron el modelo de sociabilidad organizada socialdemócrata. La tradición de *Casse del Popolo* en Italia es diferente y más parecida a las *Chambres du Travail* de Bélgica o Francia —un país de una tradición societaria menos formal, basada en buena medida en el café y el cabaret y la sociabilidad primaria de barrio: (M. MARRUS, «Social Drinking in the Belle Epoque», *Journal of Social History*, 7, 1974, 115-141). G. ROSE, «Imagining Poplar in the 1920s: contested concepts of community», *Journal of Historical Geography*, 16, 4, 1990, 425-437; E. HOBSBAWM, «El movimiento obrero,...», cit. 145-6.

asociacionismo que iba del barrio a la ciudad, tuvo un enorme papel en la provisión de todo tipo de servicios a la población obrera, desde la asistencia sanitaria, hasta las actividades deportivas. Leipzig, por ejemplo, tenía dos gigantescas asociaciones gestionadas por el SPD, la Caja Popular de Seguros de Enfermedad, que contaba como asociados a cerca de la mitad de los obreros de la ciudad, y la Asociación de Consumo Leipzig-Plagwitz, cuyos miembros representaban a más de la cuarta parte de las familias. Disponía de un gran local central y 72 sucursales de barrio. Otra organización del partido dirigía una biblioteca central y organizaba numerosas actuaciones en los teatros locales. Nueve mil miembros del Club de Gimnastas Libres se organizaban en los 80 clubes de barrio. Clubes ciclistas obreros, orfeones, juventudes del partido, completaban una oferta cultural que fue esencial en el proceso de formación de clase. Pero el ejemplo más acabado de coordinación entre lo local y lo urbano bajo la bandera de la nueva contracultura proletaria fue Viena. Ampliando la esfera de influencia de la lucha política y sindical, las asociaciones de ocio y asistencia ofrecían protección a las familias obreras prácticamente «desde la cuna hasta la tumba». Todas las posibilidades del ocio organizado tenían cabida bajo el amparo protector de la socialdemocracia, desde las corales a los clubes de natación, desde las sociedades de Amigos de la Naturaleza a los bailes populares. El momento de máximo esplendor llegaría al terminar la guerra cuando la municipalidad fue dirigida por el propio Partido y las instituciones se concretaron en una nueva arquitectura⁷⁵. En las ciudades británicas, el movimiento cooperativista construyó tiendas en la mayor parte de barrios y grandes almacenes en el centro de las ciudades. La afiliación rondaba los cuatro millones de socios durante la guerra. Las asociaciones de socorros mutuos —*friendly societies*— tuvieron también un gran desarrollo y hacia 1911 la mitad de la población masculina adulta estaba asociada a una u otra de sus variantes. Como en los países germánicos, estaban radicadas en los barrios y coordinadas a nivel central de ciudad⁷⁶.

⁷⁵ S. DOBSON, *Authority and Upheaval*,..., cit. 56-58; G. RITTER, «Culture in Imperial Germany: Problems and Points of Departure for Research», *Journal of Contemporary History*, 13, 1978, 165-189; M. NOLAN, «Workers and Revolution in Germany, 1918-1919: The Urban Dimension», en J.E.Cronin, C.Siriani (ed), *Work, Community* ..., cit.; D. LANGEWIESCHE, «La culture ouvrière en Autriche: la social-démocratie et la culture de l'Empire a la Première République», *Vrbi*, IV, 1980, LXII-LXXXV, LXVI; A. RABINBACH, «Politique et pédagogie: le mouvement autrichien de la jeunesse social-démocrate», *Vrbi*, IV, 1980, XVI-XXIX.

⁷⁶ M. SAVAGE, A. MILES, *The Remaking*..., cit. 66-68.

En el período de entreguerras, la cultura obrera y popular radicada en el barrio empezaba sin embargo a estar amenazada desde distintos frentes. Se iban erosionando las formas de sociabilidad obrera militante desarrolladas entre 1880 y 1920. El reflujo político del movimiento obrero y la derrota en Italia, Austria y Alemania contribuyeron a dicho proceso, pero los motivos de fondo eran estructurales. Como consecuencia de la intensa agitación obrera del final de la Primera Guerra y la progresiva implantación de la jornada de las ocho horas, se produjo una reducción global de la semana media de trabajo en la industria europea, pasando de 60 horas de 1914 a 46 en 1939. Las vacaciones pagadas comenzaban a formar parte de la cultura obrera. Trabajando menos y ganando más, el obrero conquistaba de hecho el «tiempo libre», nuevas posibilidades personales en el tiempo de ocio. «Un obrero o una obrera que tuviese veinte años en los años 30 disponía de una elección mucho más vasta de actividades después del trabajo y posibilidades netamente mayores de aprovecharlas que sus padres en la primera década de siglo». Victoria De Grazia habla de esta nueva situación, común tanto a las democracias liberales como a los fascismos, como de «fragmentación de la vieja sociabilidad obrera, ya que las actividades de ocio se separaron de la vida familiar, de las organizaciones de barrio, de las reivindicaciones políticas y de la defensa económica»⁷⁷. Un tiempo de ocio más pasivo, más formalista y organizado, más mercantil era ahora la pauta. La primera alternativa que se presentó ante la clase obrera, en especial en sus capas mejor pagadas, fue la de participar ampliamente de ese ocio más mercantilizado. En el caso inglés es donde más vivamente se ha debatido sobre su dimensión y sus efectos reales. Según algunos, como Savage, la escala local de la sociabilidad y de la política de clase no sufrieron demasiado y la edad dorada del barrio obrero, pervivió al menos hasta el final de la década de los 20. Según otros, «el desarrollo de pasatiempos organizados, del deporte de masas, de la domesticidad, de la comercialización de muchos de los entretenimientos de la clase obrera dio a las clases trabajadoras una cierta autonomía y la oportunidad de elegir entre actividades alternativas. Los partidos obreros tenían que competir con una nueva cultura obrera estable y relativamente sofisticada»⁷⁸. El nuevo consumismo de algunos

⁷⁷ V. DE GRAZIA, «La politique sociale du loisir», *Les Annales de la Recherche Architecturale*, 15-17, 1985, 24-35, 29-30.; A. CORBIN, *L'invenzione del tempo libero, 1850-1960*, Laterza, Roma-Bari, 1996, caps. 9-11.

⁷⁸ M. SAVAGE, «Urban history and social class,... cit; R. MC KIBBIN, citado por M. SAVAGE, A. MILES, *The Remaking*,..., cit. 66;

trabajadores —ropa más a la moda, hogares confortables, tiempo libre más variado— tendría algo de efecto «anestésico», generando quizás capas cualificadas menos proclives a la movilización política⁷⁹. La nueva cultura del ocio era a la vez más individual y más urbana. Más centrada por un lado en el individualismo del hogar —la casa y el jardín privado— y más volcada hacia la ciudad y los espectáculos urbanos de masas por otro. Mucha de la sociabilidad más comercializada, la de los equipamientos de dimensión urbana, como el gran estadio o los centros de la vida nocturna, ignoraba por definición la lógica localista, contribuyendo a «unificar» la imagen de la ciudad en la nueva cultura popular. La sociabilidad a escala local, el viejo asociacionismo del barrio y del vecindario, de la calle, estaba a la larga amenazado. Evidentemente, en los países donde la mejora del salario real no permitía grandes dispendios, y por consiguiente la capacidad de consumo era solo embrionaria, la amenaza era menos apremiante.

El otro frente que hacía peligrar la sociabilidad popular del barrio estaba representado por el ocio y los servicios «planificados». La satisfacción de las necesidades sociales, a cargo poco a poco del Estado y las municipalidades, iba saliendo del campo de acción de las asociaciones obreras tradicionales. «Los equipamientos sociales públicos tomaron ciertas funciones que habían sido cumplidas (...) por las instituciones locales, limitando todavía más el abanico de actividades en torno a las que podían desarrollarse la organización y la agitación». En muchos países europeos se crearon «políticas sociales del ocio» para «racionalizar» el nuevo tiempo libre de los trabajadores, un tiempo que había de organizarse como antídoto de los ritmos de la fábrica taylorizada. Donde la vieja sociabilidad barrial mezclaba géneros y edad, era ahora sustituida por una organización más especializada que los separaba. Si antes la sociabilidad expresaba una clara pertenencia de clase, de lugar de residencia o de profesión, la nueva la sustituía por un modelo nacional común a todas las clases sociales. En los fascismos se dio la versión

⁷⁹ J. BENSON, *The Working Class...* cit. 146-7. W.H. FRASER, *The Coming of the Mass Market, 1850-1914*, MacMillan, Londres, 1981; G. ROSS (ed.), *Worktowners at Blackpool: Mass Observation and Popular Leisure in the 1930s*, Routledge, 1990; R. WEIGHT, «The politics of pleasure. The Left, Class Culture, and Leisure in England, 1918-1960», *Journal of Urban History*, vol. 20, 2, 1994, 252-270. La discusión sobre el abandono de la lucha radical de los obreros de oficio ligado a la salida a los *suburbs* de casas unifamiliares, la separación domicilio-trabajo, la sustitución de la cultura obrera de *pub* por la más estrictamente de diversión del *music hall* comenzaría con un conocido artículo de G. STEDMAN JONES, «Working Class Culture and Working Class Politics in London, 1870-1900: Notes on the Remaking of a Working Class», *Journal of Social History*, VII, 4, 1974, 460-508.

autoritaria y nacionalista de esa nueva organización del ocio y de la cultura de masas, como la *Kraft durch Freude* alemana o la *Opera Nazionale Dopolavoro* italiana. Acompañadas por la acción represiva, devastaron el asociacionismo más militante de los barrios obreros⁸⁰. En las democracias liberales aumentó la financiación pública destinada a funciones recreativas. Los gobiernos socialistas extendieron la planificación a los nuevos servicios sociales, desde el seguro de enfermedad a las vacaciones pagadas.

Los movimientos obreros de las distintas tradiciones respondieron a los nuevos retos con diversas estrategias, desde las posiciones más clásicas que pretendían profundizar la contracultura obrera y popular en peligro a las más tecnocráticas, que la daban por finiquitada y proponían su superación⁸¹. Las experiencias de vivienda planificadas desde los municipios en los años de entreguerras fueron la ocasión de poner en práctica esas nuevas ideas. Se plasmaron en nuevas políticas municipales de cultura y de ocio y fueron campo de experimentación de modernos equipamientos. En la Viena roja, la intervención insistió en buena medida en pautas tradicionales: casas del pueblo, universidades populares y un inmenso despliegue de equipamientos en las nuevas *höfe*: grandes lavanderías colectivas, dispensarios médicos, bibliotecas, escuelas y guarderías. La planificación de las *siedlungen* alemanas demostró en cambio que progresivamente el ocio local y partisano, al caer bajo la creciente tutela del estado, iba convirtiéndose en universal, homogéneo y más individualista. Los suburbios de Frankfurt sintetizaban en la esfera del ocio la modernidad de la «nueva vida» ofrecida al obrero: naturaleza, culto al sol y al aire libre; campos de atletismo, gimnasios y piscinas, granjas escuela y huertos seriados circundaban a las viviendas, unificándolas en un nuevo ambiente. En el deporte, el

⁸⁰ V. DE GRAZIA, «La politique sociale, ...», cit. 29; *Ibid.*, «La taylorization des loisirs ouvriers: les institutions de l'industrie dans l'Italie fasciste», *Recherches*, 32-33, sept. 1978; *Consenso e cultura di massa nell'Italia fascista*, Laterza, Roma-Bari, 1981

⁸¹ *Ibid.*, 30-35. La tradición «socialista ortodoxa», más ligada a la vieja cultura de la sociabilidad obrera y del socialismo municipal, era continuadora de las instituciones de cultura y ocio de finales del s. XIX y se trataba de una contracultura obrera y popular con lazos orgánicos con el movimiento obrero como mecanismo defensivo. La línea «neo-socialista», era la más tecnocrática de Albert Thomas, Henrik De Man y la OIT que daba por perdida la cultura específicamente proletaria y proponía el reforzamiento de un estado intervencionista apropiándose de los mecanismos científicos y burocráticos de la reforma. La línea «frentepopulista» de los partidos comunistas francés e italiano finalmente, era la más radical de las tres y proponía la utilización del ocio popular como una plataforma para la movilización política de las masas.

narcisismo del culto al cuerpo y el espectáculo de masas del estadio sustituyeron a la solidaridad militante del deporte proletario. Lo mismo ocurrió en el popular movimiento de los huertos obreros, cada vez menos politizado, más neutro y estandarizado, más volcado hacia la estricta privacidad de la familia nuclear⁸². La política del Partido Comunista durante los años treinta en las periferias rojas de París, ofrecía finalmente otra línea de actuación. Pretendía utilizar el asociacionismo popular como elemento de movilización política de las masas. En los suburbios en formación, desprovistos de instituciones de sociabilidad formal, el control de agrupaciones deportivas y culturales, la celebración de fiestas, la organización de colonias escolares, contribuía a llenar un vacío cultural, y sobre todo afianzaba el peso electoral del partido a través de la cultura. La cultura y el ocio eran una apuesta política decisiva para el encuadramiento proletario⁸³.

* * *

Vida obrera y espacio urbano experimentaron cambios importantes entre 1900 y 1950 en las grandes ciudades europeas. La Primera Guerra Mundial marcó un giro histórico importantísimo en muchos sentidos. Aunque no sepamos medir todavía su trascendencia respecto a la separación de clases en el espacio urbano, la guerra abrió sin duda una etapa nueva en el crecimiento urbano, con la consolidación definitiva de periferias urbanas a escala europea, en especial de un tipo nuevo de periferia dormitorio alejada de los centros de trabajo. Los cambios en el ámbito de la vivienda fueron destacados. La repercusión del alquiler de la vivienda en el salario disminuyó, lo que significó una mejora relativa del alojamiento de los trabajadores. La guerra supuso sobre todo la intervención decidida de muchas ciudades en la financiación pública de

⁸² S.R. HENDERSON, «A setting for mass culture: life and leisure in the Nidda Valley», *Planning Perspectives*, 10, 1995, 199-122; El Movimiento del Deporte, de clara ascendencia proletaria, había celebrado la Olimpiada Obrera de Frankfurt en 1925: ver: R. WHEELER, «Organized Sport and Organized Labour: The Workers' Sports Movement», *Journal of Contemporary History*, 13, 1978, 191-210; sobre los parques y el movimiento de los huertos obreros: M. DE MICHELIS, «Il verde e il rosso. Parco e città nella Germania di Weimar», *Lotus*, 30, 1981, 105-118.

⁸³ S. RAB, «Culture et loisirs, l'encadrement des prolétaires», en Fourcaut, A. (dir.), *Banlieue rouge ...*, cit., 80-98; *Ibid.*, «Le cinéma dans l'entre-deux-guerres: une politique culturelle municipale impossible? L'exemple de Suresnes», *Le Mouvement Social*, 3, 1998, 75-98; J.-L. COHEN, «L'école Karl Marx a Villejuif (1930-1933)», en *Ibid.*, *Banlieue rouge, ...* cit., 197-206.

vivienda y la participación significativa de sectores obreros en la propiedad, casi siempre en nuevos espacios suburbanos. El desplazamiento diario al trabajo, un desplazamiento cotidiano de largo recorrido en transporte público y realizado con frecuencia fuera de la esfera del barrio, se convirtió en práctica habitual de la vida obrera en la gran ciudad de la primera mitad del siglo xx. El barrio obrero, de gran trascendencia en la formación y en las pautas de acción colectivas de la clase trabajadora desde el siglo xix, mantuvo en buena medida su cohesión comunitaria, especialmente por lo que respecta a las pautas de sociabilidad más informal: amigos, vecinos, parientes y enlaces matrimoniales se realizaban todavía en buena medida en el interior de un territorio muy restringido al finalizar este período. La estabilidad residencial, que creció especialmente al terminar la Primera Guerra Mundial, ayudó sin duda al respecto. La vida asociativa barrial y su capacidad para generar una cultura popular políticamente articulada se mantuvieron firmes hasta el final de la guerra. A partir de entonces, esas instituciones comenzaron seguramente a erosionarse en muchas ciudades: cuando el aumento del nivel de vida introdujo un ocio más mercantilizado y pasivo comenzó quizás a socavarse el viejo asociacionismo barrial. El vaciamiento de funciones asistenciales y de ocio del viejo asociacionismo barrial que conllevó la planificación de servicios sociales y de ocio desde el estado y los municipios suponía a la larga una creciente amenaza para las comunidades obreras.

Tan importante como fijarse en esas tendencias generales es observar la diversidad de experiencias que encierran, tanto en el interior de la clase obrera y como en el del conjunto de grandes ciudades europeas. El repaso a una serie de trabajos ha mostrado que los cambios referidos no fueron homogéneos, sino que lo más destacado fue la diversidad que subyacía bajo un manto aparentemente unitario. Para empezar, la ciudad vivida no era igual para obreros u obreras en muchos aspectos de la vida cotidiana. La vida doméstica, la red de vecinos y amigos, el parentesco, el barrio y el trabajo, fueron siempre vivencias mucho más cercanas para la mujer obrera que para el hombre. Hemos puesto más el énfasis, no obstante, en las diferencias de cualificación en el interior de la clase obrera. Según los pocos estudios existentes (en ciudades del sur), las diferencias de cualificación no parecen haber separado mucho a los obreros en el espacio urbano, pero es muy posible que estudios futuros confirmen diferencias significativas de concentración de estos grupos entre sí y con respecto a las demás clases sociales, sobre todo en la corona periférica. En la medida en la que las nuevas operaciones de vivienda pública y el acceso a la propiedad en la periferia eran cam-

po de implantación privilegiado de empleados y obreros mejor pagados, se produjo una clara separación de estos estratos hasta entonces mezclados en los viejos barrios populares. Ese distanciamiento tuvo también lugar desplazándose a otras áreas urbanas más mezcladas (los viejos centros históricos y los suburbios del Ochocientos) pero sin formar en este caso áreas específicas. La movilidad cotidiana al centro de trabajo próximo y la consistencia del barrio como foco de empleo se quebró en mayor medida para el trabajador mejor pagado. Las distancias de casa al trabajo eran significativamente más largas, especialmente en los nuevos suburbios, y cuando cambió de casa llevó su nuevo domicilio a lugares muchos más apartados que los del jornalero (que se mudó de casa posiblemente más veces pero sin sobrepasar las fronteras del barrio). Que uno y otro tenían esferas diferentes de acción en su vida cotidiana lo muestran algunos indicios sobre el comportamiento en sus relaciones de sociabilidad informal en el barrio. Con un ámbito urbano más amplio en su círculo de amistades, en la búsqueda de consorte,... los obreros mejor pagados eran los primeros en abandonar parientes, vecinos y amigos del viejo barrio. Las nuevas posibilidades que ofrecían unas actividades de ocio cada vez más variadas y comercializadas al nivel de toda la ciudad frente al asociacionismo del barrio significaban que el obrero cualificado y (por no hablar del obrero de cuello blanco) estaba en mejores condiciones para realizar ese salto. La ciudad era mucho más ancha para él en todos sus horizontes.

La comparación de distintos ejemplos de ciudades europeas occidentales ha puesto de manifiesto las profundas diferencias que se daban dentro de la tendencia general. Es un hecho que en determinadas ciudades del sur, como Barcelona, la dinámica de las transformaciones en la vida obrera obraba con mucha mayor lentitud. La formación de espacios periféricos obreros era menos relevante que en las grandes capitales como París y sobre todo muchas ciudades inglesas. La ciudad era más compacta y sobrevivieron mejor los viejos barrios populares del centro histórico y los suburbios populares del Ochocientos. El suburbio obrero de nueva planta fue solo significativo en el caso del suburbio específicamente jornalero; al no existir promociones de vivienda pública significativas o parcelaciones en propiedad, faltaron en general los barrios de obreros cualificados y de empleados que tuvieron tanta importancia en Inglaterra, Alemania o en las ciudades jardín de París. Las mejoras en la vivienda fueron apenas perceptibles. El impacto de los alquileres en el salario era mayor, y posiblemente también la presencia del hacinamiento y la cohabitación. El barrio compacto, un barrio el que se vivía y se trabajaba, tenía todavía al final del período un peso

considerable y muy posiblemente las redes de sociabilidad informal de parientes, vecinos y amigos eran más estrechas que en las ciudades del norte. Un ocio comercializado no muy desarrollado y unas tareas asistenciales del estado solo incipientes habrían mantenido más vivo al viejo asociacionismo obrero barrial. Salvando las distancias culturales y políticas, en las ciudades del sur pervivían en 1939 muchos de los rasgos de inserción espacial de la clase obrera que se habían dado en las otras ciudades europeas occidentales antes del estallido de la Guerra del 14.

La experiencia de la clase obrera en las ciudades del norte fue la de una fragmentación progresiva. Fragmentación de estratos distintos de clase en áreas diferenciadas del espacio urbano en una gradación cada vez más fina; fragmentación de la vieja unidad de trabajo y residencia, fragmentación finalmente de las redes de sociabilidad territorial que se tejían en torno al barrio. Si volvemos ahora la vista a la discusión inicial, se puede pensar que los cambios consolidados después de la guerra, cambios que en resumidas cuentas estaban produciendo «otra ciudad obrera», constituían de hecho el nuevo contexto de «otro horizonte político» para la clase obrera. Si la excepcional coyuntura revolucionaria de 1917-1920 vino condicionada por un tipo de ciudad obrera determinada, como señala Cronin, los cambios acaecidos en su estructura desde entonces (en Inglaterra posiblemente desde antes) pudieron tener relación con el reflujo revolucionario posterior. Por contra, la pervivencia en las «ciudades del sur» de un tipo de estructura más densa, donde los distintos estratos obreros y populares estaban en mayor medida entrelazados entre sí en el espacio urbano, en torno a los centros de trabajo y en torno al barrio, constituyó el contexto para el mantenimiento de unas expectativas revolucionarias hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial.